REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV — San José, Costa Rica — **1932** — Sábado 5 de Marzo — Núm. 8

Año XIII. No. 576

SUMARIO

Un as de la biografía: Giles Lytton Strachey

= De *El Tiempo*, Bogotá =

Giles Lytton Strachey, nacido en Londres en 1880 y autor de obras históricas de merecida resonancia, acaba de morir en Inkpen, según lo anuncian cables del jueves. Muere tempranamente; no para su fama de escritor ya bien cimentada sobre estudios biográficos de gran valor literario y compuestos a la moderna, sobre el documento preciso, o la intuición sicológica cuando falta la necesaria documentación.

Tenía sin duda el instinto divinatorio pero o le atraían en sus indagaciones los personajes acerca de cuya existencia hay grandes lagunas, o cuyos hechos son motivo de siempre renovadas controversias. Escogió sus héroes y heroínas en la historia contemporánea en la seguridad de que la prensa, los libros de memorias, las biografías ya escritas le ofrecerían venero copioso para formarse una idea clara y documentada de su personaje, o en los tiempos pasados siempre que se tratara de momentos históricos poco propicios al misterio.

No es raro que el presunto biógrafo se forme una idea de su héroe por dos o tres anécdotas populares, formule así un concepto sucinto de la persona que va a estudiar y se dé por fin a la tarea de fatigar textos y despojar documentos para sacar de ellos tan sólo aquello que es pertinente para levantar la figura que el biógrafo tenía en la imaginación antes de darse a la obra. En las biografías un tanto novelescas de André Maurois suele ocurrir a la mente del lector el pensamiento de que Shelley, Disraeli o Byron no habrían resultado distintos bajo la pluma del biógrafo francés, aunque hubiesen surgido documentos que contrariasen su manera de ver aquellos hombres. Con el fin de evitar posibles rectificaciones a su obra, Maurois les da a sus trabajos históricos, muy señaladamente al dedicado a Shelley, aspectos y amenidades de novela. Ludwig afirma que para escribir la biografía de sus escogidos para esa tarea, su primer empeño es recoger cuantas imágenes pintadas o fotográficas o grabadas pueda procurarse del héroe en proyecto. Es de presumir que la contemplación de tantos retratos predisponga la imaginación del historiador en sentido determinado. Es lo que Ludwig busca especialmente con esta preparación iconográfica. En seguida los documentos, los diarios llevados por los sujetos en quienes se contrae la atención de Ludwig, la correspondencia y las obras literarias vienen a confirmar la idea sugerida por los retratos.

Maurois y Ludwig escribieron tratados sobre el arte de la biografía y en ellos dieron noticia exacta de su manera personal de entender el oficio y de interpretar las vidas ajenas. Lytton Strackey es más reservado y ha escrito poco. Tiene la figura austera de un profesor de química a quien le gustara en los momentos de ocio escudriñar los secretos del cielo estrellado. Parece que ha debido de ser una posición insostenible la de colocarse ante esos anteojos enormes detrás de los cuales lanzaban saetas ojos inquisitivos e indiscretos. Leyendo la biografía de la reina Victoria, por ejemplo, hay instantes en que parece como si la real señora fuera a incorporarse para decir: "Eso es verdad, no lo niego, pero todo bien considerado no había necesidad de decirlo. Eso es una indiscreción". El lector y probablemente Strachey opinan con la esposa de Alberto, que en efecto hay indiscreción en mencionar ciertos detalles de la vida privada, pero se apartan de su sentir en cuanto a que fuese superfluo tomarlos en cuenta.

No podemos afirmar que Lytton Strachey fuera siempre imparcial. Nos parece que el biógrafo está excusado de serlo. Desde el momento en que escoge un personaje es porque le inspira simpatía su vida y sus obras o porque se imagina hallar en la



Lytton Strachey

Madera de *Bertrand Zadig*

Muerte de Lytton Strachey

= *Envío del autor* =

Lo que fijaba el tono y la calidad de Lytton Strachey entre los contemporáneos autores de biografía, era además de su estilo de perfecta elegancia británica—un estilo fluido como una conversación—su manera peculiarísima de enfocar el personaje histórico, que difiere del método de Ludwig o del de Maurois. Escasa es la bibliografía de Strachey. Apenas cuatro libros que versan sobre los dos períodos más característicos de la historia inglesa; aquellos en que el genio del hombre inglés se presenta al observador con mayor relieve y cualidad diferenciadora: el período de la Reina Isabel con que empieza, mejor que con el advenimiento de los Tudores, la historia moderna inglesa: esos cuarenta últimos años del siglo XVI y primeros del XVII que son los de la formación del poderío marítimo de Inglaterra, los años de Drake y de Sir Walter Raleigh, que corresponden en el terreno de la cultura al drama de Shakespeare y al "No-

(*Pasa a la página siguiente*)

época de su figuración o en años posteriores a ella rasgos señalados de su influjo sobre los hombres a los tiempos. Demás de esto es obligación tácita del biógrafo concederle a su héroe todos los beneficios de la duda. Y hay más aun: está en la humana naturaleza que ante los hechos de los hombres, documentada o sin fundamento, tengamos siempre una opinión. El hecho de que sean necesarias pruebas o documentos para desvanecerla no quiere decir que seamos imparciales. En esto se funda Egon Triedell, el fascinador cronista de la cultura moderna, para sostener que la historia no es ciencia, como lo han pretendido algunos narradores del siglo XIX, sino una obra de arte. Su trabajo que arroja sobre la vida moderna la plácida luz de una mente enamorada de la belleza y de las ideas generales, prueba cómo en efecto la historia, especialmente la historia de las ideas, es una obra de arte.

Queriendo acaso ser artista Strachey no es imparcial, y en eso estriba uno de los encantos mayores de su obra. Los "Hombres eminentes de la edad victoriana" (Eminent Victorians—1918) contiene un estudio demoledor de aquel período tan caro a los conservadores ingleses y tan admirado de los extranjeros. Las biografías contenidas en este volumen parecen escogidas con el propósito de mostrar cómo la época victoriana fué muy inferior a sus hombres eminentes. Sin contar con que los tipos escogidos son eminentes, sin duda; pero no preeminentes.

El doctor Arnold fué un pedagogo tenaz y bien intencionado a quien se debe la iniciación de la reforma en las escuelas para los ricos llamadas "public schools". La fama de Arnold no ha llenado el horizonte exterior a la Gran Bretaña. Florence Nightingale, la sublime enfermera de la guerra de Crimea, es otra de las figuras eminentes en cuya evocación se complace la musa de Strachey para escarnecer sin misericordia a la burocracia inglesa. Por encima de la obcecación, de la incapacidad administrativa, de la absoluta falta de comprensión de los gabinetes ingleses esta mujer excepcional, superior al desengaño, incapaz de perder el valor ante la necedad humana, creó una de las pocas instituciones morales que se pueden poner de contrapeso, en la balanza de la historia a la gravosa barbarie de un siglo. Gordon es la eminencia mejor indicada para completar la demolición de la edad victoriana. La víctima del Madhí era un fanático protestante, con tendencias a la teosofía más elemental; hombre de una sola pieza, valiente, obstinado y de una inteligencia mediocre. Figura de mártir sacrificado a la lentitud, a la terquedad, a la incompetencia de los gabinetes ingleses. Todo esto parece escrito en una lengua sobria, clarísima, elegante, bellamente matizada de forma clásica, con un suave humor disolvente que a veces se transparenta en frases hermosas de una gracia comunicativa, de una corrosiva evidencia.

La "Reina Victoria" (Queen Victoria—1921) es el esfuerzo máximo de despersonalización llevado a buen fin por el famoso biógrafo que acaba de eclipsarse. Con la figura un tanto insignificante de la Reina, Strachey hace relucir los momentos felices de un período brillante sin duda y también grandioso por momentos, de la historia de Inglaterra. Ni grande ni pequeña, ni demasiado inteligente ni tan negada que no comprendiese en ocasiones la significación de su papel histórico, la soberana pasa en este libro con caracteres profundamente humanos, pero sin majestad ni grandeza.

La mejor obra de Strachey, una de las mejores biografías de esta época en que han aparecido los trabajos de Maurois y de Ludwig, el "Cavour" de Paléologue, el "Caius Julius Caesar" de Brandes y esa joya incomparable de estilo, de penetración y lucidez, regalada por Stefan Zweig a la posteridad con un gesto indiferente, bajo el odioso nombre de "Fouché", la mejor obra de Strachey, decimos, es "Isabel de Inglaterra y Essex" (Elizabeth and Essex—1928), libro fundamental y hermoso, de hechura arquitectónica, en que, con el documento a cada página, el autor describe en forma dramática y apasionante el amor, los celos, la simulación, la crueldad, la venganza de la Reina Virgen en sus relaciones con el Conde de Essex.

Escribió Strachey además "Books and Characters" (1922). Nos abstenemos de analizarlo. A falta de otra originalidad practicamos la de no hablar de los libros que no hemos leído.

B. Sanín Cano

Muerte de Lytton Strachey

(Viene de la página anterior)

vum Organum" de Bacon. Y los cincuenta últimos años del siglo XIX en que la vieja Inglaterra se siente segura y prolífica bajo la sombra augusta de la abuela Victoria. Isabel y Victoria, dos mujeres fuertes como la raza, que amamantan la historia inglesa.

Era así Lytton Strachey, un biógrafo de reinas. Pero sabía defenderse de la exaltación y el patetismo, con un comedimiento a veces frío en que estribaba su perfecta objetividad. Si lo comparamos con Ludwig resaltará claramente la diferencia. La etopeya es en Ludwig todo un género literario; sus retratos podrían entresacarse de las biografías formando piezas aparte. Emplea Ludwig el contraste y el claroscuro. Se observa el procedimiento del escritor que concibe al personaje bajo un colorido y una luz especial, y en el momento de retratarlo precipita sobre el papel todos los colores. El retrato en Strachey tiene otra estructura. No se podrían entresacar sus retratos. Circulan por el cuerpo de la obra como un agua subterránea. Lo mismo que en la vida no se nos presentan de un golpe las cualidades o defectos de un individuo, en los personajes del escritor inglés siempre hay algo por descubrir o adivinar. ¿A dónde irá este personaje?, inquiere el lector. La tragedia de Gordon en "Eminents Victorians" y la tragedia de Essex en "Elisabeth" se va desenvolviendo lentamente: los sucesos suelen desviarla. presentarle esperanzas y líneas curvas, como en la vida. Pensamos en el retrato de Francisco Bacon en "Elisabeth". Ese retrato diluido en las trescientas páginas de la obra, es inolvidable. La inteligencia, la ironía y la flaqueza humanas, le dan un maravilloso color o contraste. Y el autor no se pronuncia en ningún momento. Sencillamente, hace vivir a Francisco Bacon. Lo deja en libertad, pero capta con escrupulosidad estadística las caídas y contradicciones morales del personaje. El lector hará el balance. En el comienzo de la obra Bacon es un gentilhombre culto y tronado. Posee una cultura muy adornada, un fino don de análisis y una perfecta prosa, tanto latina como inglesa. Lady Bacon, alma puritana y temerosa del Infierno, no sabe qué hacer con este hijo que vive en pecado mortal y cada día aumenta sus deudas. Anthony Bacon, su hermano, tipo del hombre documentado y formal (funcionario nato; de esos hombres correctos que nuestra época convierte en Directores de servicios o Subsecretarios de Ministerios), tiene la debilidad de amar mucho a Francisco, creer en su gran talento y disimularle todas las calaveradas. Por intermedio del recto Anthony, Francisco conoce al Conde de Essex, Essex es un carácter antípoda: brillante, impetuoso, irreflexivo, buen corazón, todo instinto y aventura. Francisco Bacon adula a Essex. Tiene los recursos de su sutil prosa bilingüe. Bacon ha estudiado la historia de las naciones y el destino de las monarquías. La preocupación de Essex es buscarle a Bacon durante muchos años, un puesto a la altura de sus deudas, que crecen, continúan creciendo, en progresión geométrica. Tiene que luchar contra la testarudez y la desconfianza de la Reina Isabel. Bacon desplaza una gran actividad epistolar. Essex no trepida en disgustarse con la Reina para servir a este solicitante en quien ve un amigo. Tenía el Conde un sentido heroico y gallardo de la amistad. Jamás sospecha que este Bacon a pesar de haber escrito el "Novum Organum" es una vulpeja. Y el destino, el clima de la tragedia, quiere que la Reina Isabel que lo ha desdeñado muchos años, utilice a Bacon en el momento en que empieza el infortunio político del Conde de Essex. Un humanista como Bacon tiene el derecho de ser olvidadizo. Bacon, que posee argumentos jurídicos para todo, será el acusador del Conde de Essex. Ascenderá por fin, con la desgracia de su protector. Podrá pagar sus deudas atrasadas y contraer otras nuevas. La vida de un filósofo, del autor del "Novum Organum", no puede regirse por la moral de los hombres corrientes. Esta es la gran ironía de Lytton Strachey. Su fina prosa acerada, va pegando objetivamente y sin alterarse, como plantas en un herbario, los rasgos y defectos distintivos de la especie hombre. No se pronuncia; tiene el don de escuchar a sus personajes. Respeta su clase social y sus peculiaridades de expresión. Resucita sin alarde ni inútil arqueología, todo el espíritu de una época.

Lytton Strachey ha muerto en Londres el último mes. Tenía 56 años.

Santiago de Chile, 1932.

Mariano Picón Salas

El testimonio de Darwin

= Fragmentos del tomo I del *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Calpe. Madrid. 1921 =

(Véase la entrega antepasada)

Santa Fe es una pequeña ciudad tranquila, en la que reinan la limpieza y el orden. El gobernador, López, era un soldado raso en tiempo de la revolución, y a la fecha lleva diez y siete años en el cargo. Semejante estabilidad se debe a sus procedimientos tiránicos, pues hasta ahora la tiranía parece adaptarse a estos países mejor que el republicanismo. La ocupación favorita del gobernador consistía en cazar indios; de poco tiempo a esta parte había matado 48 y vendido los hijos a razón de tres o cuatro libras por cabeza.

—

5 de octubre.—Cruzamos el Paraná para ir a Santa Fe Bajada, población situada en la orilla opuesta. El paso nos costó algunas horas, porque el río aquí se compone de un laberinto de pequeños ramales de agua, separados por islas bajas y boscosas. Llevaba una carta de recomendación para un anciano español catalán, que me trató con la más desusada hospitalidad. Bajada es la capital de Entre Ríos. En 1825 la ciudad contenía 6.000 habitantes y la provincia 30.000; mas, a pesar de su escasa población, ninguna provincia ha sufrido revoluciones más sangrientas y obstinadas. Se ufana de poseer diputados, ministros, un ejército permanente y gobernadores; de modo que no son de extrañar las frecuentes perturbaciones del orden público. Con el tiempo será una de las regiones más ricas de La Plata. El suelo es variado y fértil, y su forma casi insular la provee de dos grandes líneas de comunicación por los ríos Paraná y Uruguay.

—

18 y 19 de octubre. — Continuamos lentamente navegando río abajo por la magnífica corriente, si bien ésta apenas nos ayudaba. En el descenso encontramos muy pocos navíos. Uno de los mejores dones de la Naturaleza, como lo es esta soberbia vía de comunicación, parece estar aquí relegada de intento a no servir para nada, porque tal es lo que ahora sucede con un río en que los navíos podrían navegar desde un país templado, tan admirablemente rico en ciertas producciones como desprovisto de otras, a otra región de clima tropical y de un suelo que, según el mejor de los jueces, M. Bonpland, en fertilidad no tiene semejante en ningún país del mundo. ¡Cuán diferente habría sido el aspecto de este río si colonos ingleses hubieran tenido la fortuna de ser los primeros en remontar la corriente del Plata! ¡Qué ciudades tan magníficas hubieran ocupado ahora sus riberas! Hasta la muerte de Francia, el dictador del Paraguay, estos dos países deben permanecer tan distintos y sin comunicación como si estuvieran situados en lugares opuestos del globo. Y cuando el viejo y sanguinario tirano haya pasado a rendir su larga cuenta el Paraguay será destrozado por revoluciones cuya violencia correrá parejas con la falsa calma anterior. Ese país tendrá que aprender como todos los demás estados de Sudamérica, que una república no puede dar buen resultado mientras no hay en ella un fuerte núcleo de hombres imbuidos en los principios de la justicia y del honor.

—

Aprovechamos la tarde para continuar nuestro viaje a Mercedes, en el río Negro. Al llegar la noche pedimos que nos admitieran a dormir en una estancia con que tropezamos. Era una finca enorme, que tenía 10 leguas cuadradas, y su dueño figura entre los principales propietarios del país. Un sobrino del amo se hallaba al frente de la misma, y estaba con él un capitán del ejército, que en días anteriores había huído de Buenos Aires. En la situación en que se encontraban, su conversación no dejó de ser amena. Como de costumbre, se mostraron asombradísimos de que la tierra pudiera ser redonda, y apenas podían creer que un hoyo bastante profundo y largo la taladraría abriendo un boquete en el lado opuesto. Tenían, no obstante, noticias de un país donde había seis meses de día y seis meses de noche, y en el que los habitantes eran ¡muy altos y delgados! Me preguntaron con viva curiosidad por el precio y condiciones del ganado vacuno y caballar en Inglaterra. Al saber que en este país no se cazaba a los animales con lazo, exclamaron: "¡Ah! Entonces usan ustedes las bolas". La idea de un territorio dividido totalmente en fincas cercadas era para ellos una novedad. Al fin el capitán anunció su propósito de hacerme una pregunta, anticipándome gracias expresivas si se la contestaba con toda verdad. Temblé al pensar en la profundidad científica de la cuestión que me propusiese; pero me repuse después de oírsela formular. La pregunta era si las señoritas de Buenos Aires no eran las más hermosas del mundo. A esto respondí, como un renegado: "Lo son de una manera encantadora". Entonces añadió: "Y ¿usan las señoritas de otras partes del mundo peinetas tan grandes?" Con toda solemnidad le aseguré que de ninguna manera. Los dos jóvenes quedaron complacidísimos. El capitán exclamó luego: "¡Ahí tienes! Un hombre que ha visto medio mundo nos lo atestigua; siempre creí que era así, pero ahora lo sé con toda certeza." Mi excelente dictamen en punto a peinetas y belleza me facilitó una hospitalidad obsequiosísima; el capitán me obligó a aceptar su cama, resignándose él a dormir sobre su recado de montar.

—

Mientras estuve en esta estancia me divirtió mucho lo que ví y oí de los perros pastores del país (1). Yendo a caballo, es cosa corriente encontrar un gran rebaño de ovejas guardado por uno o dos perros, a la distancia de algunas millas de poblado. Con frecuencia me maravillé de cómo podía haberse establecido una amistad tan firme. El método de educación consiste en separar los perritos, cuando son muy jóvenes, de la madre, y acostumbrarlos a vivir con sus futuros compañeros. Hácese que una de las ovejas dé de mamar al cachorro tres o cuatro veces al día, y al último se le prepara una cama de lana en el corral; además, no se le permite nunca juntarse con otros perros ni con los niños de la familia. Por regla general, se le castra; de modo que cuando alcanza su completo desarrollo apenas tiene afición a los individuos de su especie. A consecuencia de semejante educación, el perro pastor no siente deseo alguno de dejar el rebaño, y defenderá a éste como los ordinarios suelen defender a sus dueños. Es divertido observar al acercarse a un hato de ovejas cómo el perro avanza inmediatamente ladrando, mientras el ganado se reúne detrás de él, como pudiera hacerlo alrededor del morueco. A estos perros se les enseña también fácilmente a conducir a casa el ganado a cierta hora de la tarde. El defecto más enojoso que tienen, de jóvenes, es su afición a jugar y retozar con las ovejas, pues en tales deportes las hacen galopar sin misericordia hasta cansarlas.

El perro pastor acude a casa todos los días por alguna cantidad de carne, y después de recibirla escapa de nuevo, como avergonzado de sí mismo. En tales ocasiones sus congéneres domésticos le hostilizan ferozmente, y el menor de ellos no deja de ladrar y perseguir al extraño. Pero en cuanto éste ha llegado al rebaño se vuelve y empieza a ladrar a sus perseguidores, con lo que todos los perros domésticos huyen a todo correr. De un modo análogo, una cuadrilla de perros salvajes hambrientos difícilmente atacarían alguna vez (nunca, me dijeron) a un rebaño guardado por uno de estos fieles pastores. Todo este relato me parece un curioso ejemplo de la adaptabilidad de las afecciones en el perro; y, en medio de todo, se ve que, en estado salvaje o doméstico, tiene un sentimiento de respeto y temor a los que se valen de su instinto de asociación. Porque únicamente fundándonos en este supuesto podemos explicarnos que una manada de perros salvajes sea puesta en fuga por un solo perro con su rebaño; y es que los fugitivos deben sentir de una manera confusa que aquel adversario único, al estar asociado, adquiere tanto poder como si tuviera de su parte un número de perros igual al de ovejas que le acompañan. F. Cuvier ha observado que todos los animales de fácil domesticación consideran al hombre como miembro de su sociedad, y satisfacen así su instinto de asociación. En el caso precedente, el perro pastor considera a las ovejas como semejantes suyos, y así, confía en su fuerza, y los perros salvajes, no obstante saber que cada oveja individualmente no es un perro sino buena presa para co-

(1) M. A. D'Orbigny ha hecho una descripción muy semejante de estos perros. Tomo I, pág. 175.

mer, acepta su punto de vista solamente cuando las ve en un rebaño con un perro pastor a su cabeza.

—

Los animales son tan abundantes en estas regiones, que no suelen andar muy unidos la humanidad y el interés propio; y, por tanto, recelo que el primero de esos sentimientos apenas sea conocido aquí. Un día, cabalgando en las Pampas con un estanciero muy respetable, mi caballo estaba tan cansado, que se rezagaba. El hombre me instaba a menudo para que lo espolease. Cuando le advertí que daba lástima porque el caballo estaba enteramente exhausto, dijo: "¿Por qué no? No importa, aguíjele, es mi caballo". Cuando le hice comprender, con alguna dificultad, que era por respeto al caballo y no en consideración a él por lo que prefería no usar mis espuelas, exclamó con ojos muy sorprendidos: "¡Ah, Don Carlos, qué cosa!" Era evidente que nunca había entrado en su cabeza idea semejante.

—

Durante los últimos seis meses he tenido ocasión de observar un poco el carácter de los habitantes de estas provincias. Los gauchos o campesinos son muy superiores a los que residen en las ciudades. El gaucho se distingue invariablemente por su cortesía obsequiosa y hospitalidad: jamás he tropezado con uno que no tuviera esas cualidades. Es modesto, así respecto de sí propio como por lo que hace a su país, y a la vez animoso, vivaracho y audaz. Por otra parte, es menester decir también que se cometen muchos robos y se derrama mucha sangre humana debiendo atribuirse como causa principal a la costumbre de usar el cuchillo. Da pena ver las muchas vidas que se pierden por cuestiones de escasa monta. En las riñas, cada combatiente procura señalar la cara de su adversario cortándole en la nariz o en los ojos, como con frecuencia demuestran las profundas y horribles cicatrices. Los robos son consecuencia natural del juego, universalmente extendido, del exceso en la bebida y de la extremada indolencia. En Mercedes pregunté a dos hombres por qué no trabajaban. Uno me respondió, gravemente, que los días eran demasiado largos; y el otro, que por ser demasiado pobre. La abundancia de caballos y profusión de alimentos hace imposible la virtud de la laboriosidad. Además, hay una multitud de días festivos; y, como si esto fuera poco, se cree que nada puede salir bien si no se empieza estando la Luna en cuarto creciente; de modo que la mitad del mes se pierde por estas dos causas.

La policía y la justicia carecen de eficacia. Si un hombre pobre comete un asesinato y cae en poder de las autoridades va a la cárcel, y tal vez se le fusila; pero si es rico y tiene amigos, puede estar seguro de que no se le seguirán graves consecuencias. Es curioso que hasta las personas más respetables del país favorecen siempre la fuga de los asesinos; creen, al parecer, que los delincuentes van contra el gobierno y no contra el pueblo. Un viajero no tiene otra defensa que sus armas de fuego, y el hábito constante de llevarlas es lo que impide la mayor frecuencia de los robos.

El carácter de las clases más elevadas e instruídas, que residen en las ciudades, participa, aunque tal vez en grado menor, de las buenas cualidades del gaucho; pero recelo que las acompañen con muchos vicios que el último no conoce. La sensualidad, la mofa de toda religión, y corrupciones de índoles diversas, no dejan de ser comunes.

Casi todos los funcionarios son venales. El director de correos vendía francos falsificados. El presidente mismo y su primer ministro se confabulaban para estafar al estado. La justicia, cuando entra en juego el dinero, no puede esperarse de nadie. He conocido a un inglés que acudió a la primera autoridad judicial (según me contó, no conociendo entonces las costumbres del país, tembló al entrar en la sala) y le dijo: "Señor, he venido a ofrecer a usted 200 pesos (papel)—valor equivalente a 125 pesetas—si manda usted arrestar antes de tal tiempo a un hombre que me ha engañado. Fulano de tal me ha recomendado dar este paso". El juez sonrió asintiendo, le dió las gracias, y antes de anochecer, el hombre estaba en la cárcel. Con tan absoluta carencia de moralidad en los hombres directores, y con una infinidad de empleados turbulentos mal pagados, ¡todavía espera el pueblo en los buenos resultados de una forma democrática de gobierno!

Al ponerse por primera vez en contacto con la sociedad en estos países, dos o tres rasgos notables, por lo típicos, llaman la atención del observador: las maneras corteses y señoriales, que se hallan generalizadas entre la mayoría de los habitantes; el gusto excelente desplegado por las mujeres en el vestir, y la igualdad de trato en todas las clases. En el río Colorado algunos tenderillos de escaso fuste solían comer con el general Rosas. El hijo de un comandante, en Bahía Blanca, se ganaba la vida haciendo cigarrillos, y se brindó a acompañarme en calidad de guía o criado hasta Buenos Aires; pero su padre se opuso, fundándose sólo en el peligro que correría. Muchos oficiales del ejército o clases inferiores no saben leer ni escribir, y, sin embargo, todos se tratan como iguales en sociedad. En Entre Ríos, la Sala o Congreso se componía de seis representantes solamente. Uno de ellos tenía un comercio o tienda de poca importancia, lo que indudablemente no le incapacita para el cargo. Todo esto es lo que desde luego podía esperarse de un país nuevo; sin embargo, la ausencia de verdaderos caballeros le parece a un inglés cosa algo extraña.

Al hablar de estos países no debe perderse de vista el modo como han sido educados por la violenta autoridad maternal de España. En general, más elogios merece lo que se ha hecho que censura lo que se ha dejado de hácer. Y no cabe duda de que el excesivo liberalismo de estos países debe producir al final buenos resultados. La tolerancia, muy generalizada, de las religiones extranjeras; la gran atención concedida a los medios de educación; la libertad de la prensa; las facilidades ofrecidas a todos los extranjeros, y de un modo especial—así me cumple decirlo—a todas las personas que tengan las más humildes pretensiones científicas, deberán ser recordadas con gratitud por cuantos hayan visitado la Sudamérica española.

Carlos Darwin

Estampas

De la funesta traición sin aspavientos, la de los impostores amparados a la alcahuetería de la legalidad.

Condenamos al infiel dondequiera que esté.

= Colaboración directa =

Hay una forma de traición a la cual es insensible la llamada opinión pública. La realizan hombres versados en el teje y maneje de los negocios de una nación. Forman la casta que pugna por ejercer siempre el dominio irrestricto sobre el gobierno de los pueblos. No hacen visible su traición. Conocen lo chata que es la percepción popular cuando no se la trae a la vigilancia con estridencias un tanto salvajes. Son cautelosos y se les mira sobre un pedestal de simulación, teorizando acerca de la grandeza y prosperidad de las naciones. De aquella en que les toca vivir por nacimiento o por trasplante, hablan usando cada día el superlativo que más más deslumbra a la imbecilidad colectiva.

Deslumbran y abren paso a la traición sin aspavientos. La opinión pública que tanto se invoca como juez infalible, no muestra su sabiduría. El enmudecimiento completo rodea los actos de quienes lentamente despojan a los pueblos de su suelo, de sus riquezas naturales, de todos sus medios de crecimiento fecundo. Contra esta forma de traición no hay opinión pública. Y sin embargo, es la traición más funesta porque acaba con la vida noble y libre de las naciones. No fracasan nunca y tienen en sus manos innúmeros recursos para teñir de legalidad lo inicuo. Saben qué calmante tan grande es el término legalidad y lo usan en un tono de imperio. Por la legalidad tienen las naciones que reconocer a las organizaciones absorbentes que se clavan en la entraña viva, todos los derechos que pretendan tener. La legalidad deriva su dominio de la constitucionalidad. De modo que con un amparo todo poderoso la hija asegura el acatamiento colectivo. Si hoy llega a cualquier país la ley que trae procedimientos avanzados de una reforma agraria, nada asegura que esa ley cumplirá sus fines sociales y económicos. Inmediatamente el latifundista se parapeta tras la constitución política. El adquirió sus tierras "al amparo de la constitución". Y ante todo la constitución, aunque nunca haya asomado por muchas décadas cultivo alguno como muestra fecunda de la potencia de esas tierras.

¿Quién dió al latifundista luces para el dominio de las inmensas regiones que cercadas y tituladas dan volumen a su patrimonio? Se las dió esa forma de traición sin aspavientos de la cual no quiere darse cuenta la pomposa opinión pública. Los ejecutores de esta traición no usaron armas ni explosivos, ni necesitaron la trinchera. Simplemente amparados a la legalidad dijeron al amo que los contrataba todos los medios visibles en los códigos para acaparar tierras y dejar sin ellas a poblaciones sin sentido del mal que en su daño se realizaba.

Y así como el suelo, el subsuelo, el aire, las aguas. Los países son asaltados por los pescadores de concesiones y unos se llevan esa riqueza y otros la que parecía destinada a reserva inalienable. Para ninguna hay respeto, ni previsión cuando el ejecutor de la traición sin aspavientos siente inquietudes devastadoras. Consumada la traición desaparecen todas las posibilidades de delatarla y condenarla. Lo que se hizo fué al amparo de la constitución y ahora las demás leyes le inoculan el virus de la legalidad. ¿Cómo va nadie a ir en contra de los hechos consumados?

De esta manera se despoja a las naciones de su independencia económica y política. Una reconstrucción económica es imposible para una nación que ha enajenado su petróleo a perpetuidad o por los noventa y nueve años de la alcahuetería de los códigos civiles. Imposible que una nación utilice la electricidad en todos los usos que va descubriendo la civilización, si ya sus fuerzas hidráulicas pasaron por actos de la traición sin estridencias a manos extrañas y succionadoras. ¿Qué bienestar económico puede esperar la nación hipotecada, sobrecargada de deudas de empréstitos? Para que una nación pueda recuperarse, pueda crecer, necesita sentir libres todos sus recursos económicos que son los que generan el torrente de vida que entra y sale prodigándose y centuplicándose. Mientras no disponga de sus fuentes naturales de riqueza y las ciña a principios de explotación justa y previsora, no contara con independencia. Por una ficción piadosa puede creer una nación que ha enajenado su petróleo o su suelo, o sus aguas, que vive con la libertad sana y creadora. Pero es una simple ficción.

El amo no admite copartícipes de su dominio. Si adquirió la riqueza que explota o que trata de explotar no fué para preparar un festín que pudiera paladear en compañía. Solo rumia en esa tarda digestión de los festines opulentos. De modo que es ilusión pueril de las naciones que entregan lo que una geografía opulenta les trajo y siguen pensando que se reconstruirán, que tienen potencia creadora.

¿Cómo puede reconstruírse económicamente la nación que ha metido dentro de su entraña poderes de mayor dominio que ella? El pescador de concesiones no aventura, no clava en falso la estaca de su imperio absorbente. Los noventa y nueve años rutinarios que son la duración de casi todas las concesiones, significan la extensión de un dominio a perpetuidad. Súmense los noventa y nueve años de la explotación del petróleo, con los cuarenta de la explotación del banano y los ochenta de la electricidad, y se tendrá una cifra de esclavitud tremenda. Nación que la padece no ha de esperar liberación. Los tiempos se apresuran a llevar al oído de las naciones el clamor de la nueva civilización que alborea. De pronto una generación siente que la electricidad es un poder de liberación. Piensa entonces en la electricidad, pero no la tiene ya porque la organización extranjera, amparada en la constitución, compró las fuerzas hidráulicas. Ahora es esa organización férrea la que dispone como quiera de la electricidad que esta generación ha visto llena de usos riquísimos en bienes. No pueden las vidas tocadas por la aspiración de vivir más noble y humanamente realizar su pensamiento. Luchar contra la organización que cuenta con noventa y nueve años de esclavitud de la electricidad es tarea vana. Leyes y más leyes amparan las concesiones. Supieron quienes abogaron por la organización atar artículos como eslabones de una gran cadena de galeoto. Y tampoco podrán las generaciones que mañana encuentren en el uso del motor sobre ruedas la forma de unir su desunida nación, hacer nada por la aspiración fraternal. El subsuelo hinchado, no dará más petróleo que el que consuman los toneles sin fondo de la organización extranjera con concesión de noventa y nueve años. Aspiración tras aspiración, de generaciones anhelantes de un bienestar fecundo, recibirán la losa de concesiones a perpetuidad.

¿A quiénes culparán esas generaciones? Busquen en esa forma de traición a la que es insensible la llamada opinión pública, el gran mal de sus desgracias. Traición sin aspavientos ejecutada por hombres ambiciosos. Sobre ellos no recae responsabilidad. Sirven al amo que busca para la organización de gran aliento dominador. Atraen sobre una nación los males mayores despojándola de sus medios de vida independiente. Y sin embargo, para esos actos de traición inmensa no hay opinión pública celosa, no hay prensa vigilante que nutra sus columnas de artículo severo y de justicia limpia. No es traición para los más hacerle miserable la vida a generaciones que vendrán a un mundo de mayores necesidades. Sólo es traición sobre la cual tiene que llover fuego del cielo la que realizan los atolondrados que entregan las armas de una nación. Contra ellos aparece la flamante opinión pública, la estridente opinión pública. Y lleva esta opinión pública el clamor de todos los que no consideran actos de traición despojar a una nación de sus recursos naturales de riqueza y sirven al amo de afuera que organiza el despojo.

Así aparece el espectáculo en todos los pueblos desorientados por el concepto de traición. Fijan la mirada acusadora en actos sin trascendencia profunda. Mientras tanto otros hombres que en todo invocan la legalidad y que no son capaces de romper nunca el régimen constitucional mediante escaramusas armadas, cometen errores grandes contra la independencia económica y política de las naciones. Son aliados perennes de un enemigo mayor que viene de afuera a convertir en esclavo a todo un pueblo. Son simuladores de amor a la pa-

tria. Son impostores amparados a la alcahuetería de la legalidad. Saben como acomodar a la ley sus picardías para que ya más nada las tumbe en adelante. Es ésta una forma de traición sin aspavientos que pasa sin conmociones en medio de la llamada opinión pública.

Cambiemos el concepto de traición, hagamos que despierte nuestra vigilancia no sólo cuando quien quebranta la fidelidad entrega las armas, sino en todo instante propicio para que el hombre sin visión despoje a un país de sus riquezas naturales. Matemos los aspavientos y hagamos nacer la reflexión creadora. Condenemos al infiel donde quiera que esté. Pero no simulemos un gran amor por las cosas de la patria sumándonos al clamor de la llamada opinión pública, despierta únicamente cuando los listos y los menguados la alborotan. Confiemos más en la opinión que nuestra conciencia vigilante pueda oponer a las picardías que a diario cometen tantos hombres protervos.

En la antigüedad histórica, hay una mujer, Tarpeya, que sucumbió a su traición, en una forma horrible. Para abrir a los Sabinos la entrada de Roma pidió los brazaletes de oro de que los vió adornados. Pactó el enemigo y cuando hubo que dar el precio de la traición quedó Tarpeya "cargada de oro y abrumada de escudos" y "el peso y el amontonamiento la acabaron". De igual manera los que traicionan abriendo las naciones a la conquista de afuera, cegados por la paga, por el honorario crecido, sucumben a su traición. No a la manera sabina, pero despreciados por el conquistador que les arroja el oro porque no siente por ellos estima, porque los ve miserables y siervos de la codicia.

Juan del Camino

Cartago y febrero de 1952.

Sigamos en pie contra el despotismo y la incapacidad

= Envío de *Magda Portal* =

El 8 de diciembre último, al iniciarse el régimen civilista que hoy impera en el país, Haya de la Torre pronunció en la Casa Central del Partido Aprista Peruano de Trujillo el discurso que reproducimos. A medida que trascurren los días las palabras del jefe del Partido del Pueblo adquieren mayor significación. Con videncia admirabe Haya de la Torre anunció el advenimiento de una época de despotismo y de incapacidad. El fracaso indiscutible del Civilismo en un mes; su siniestra Ley de Emergencia; el terror antiaprista y trágica crisis moral del país, lo están probando. De otro lado el vigor creciente del aprismo, que hoy forma un ejército de quinientos mil afiliados, demuestra que el llamamiento del Jefe del Partido ha sido oído por todos los hombres y mujeres conscientes del Perú. Mientras el civilismo se exhibe ante el país una vez más en plena decadencia, el aprismo insurge viril y renovador trayendo la esperanza de una efectiva salvación nacional. Porque el pueblo sabe que la causa del Apra es su propia causa, la victoria del gran credo aprista será la victoria del nuevo Perú. No olvidemos la palabra de Haya de la Torre:

Compañeros: este no es un día triste para nosotros, es el día inicial de una etapa de prueba para el Partido. Vamos a probar una vez más en el crisol de una realidad dolorosa quizá, la consistencia de nuestra organización, la fe de nuestras conciencias y la sagrada perennidad de nuestra causa.

Quien en esta hora de inquietud, de sombrías espectativas inmediatas, para nosotros, se sienta acobardado o sin fortaleza, no es aprista. Nosotros no queremos en el Partido, apristas que duden de su causa o duden de sí mismos en los momentos de peligro. Nosotros no queremos cobardes. No queremos traidores. Y ser traidor en esta hora es ser no sólo el Judas que nos vende sino el cobarde que da paso atrás. Para uno y otro no hay lugar en nuestras filas. Aunque el Partido quedara reducido a lo que fué durante la tiranía de Leguía, nuestro deber nos impone eliminar despiadadamente a todo aquel que temorizado por la victoria fugaz del fraude y de la usurpación, crea que estamos perdidos.

¡No estamos perdidos!... Yo afirmo que estamos más fuertes que nunca. Porque gobernar no es mandar, no es abusar, no es convertir el poder en tablado de todas las pasiones inferiores, en instrumento de venganza, en cadalso de libertades: gobernar es conducir, es educar, es ejemplarizar, es redimir. Y eso no lo harán jamás quienes van al poder sin título moral, quienes carecen de la honradez de una inspiración superior, quienes capturan el Estado como botín de revancha. Ellos mandarán, pero nosotros seguiremos gobernando. Porque nosotros continuamos educando, organizando y dando ejemplo, vale decir, nosotros continuamos redimiendo.

Quienes han creído que la única misión del aprismo era llegar a Palacio, están equivocados. A Palacio llega cualquiera; porque el camino de Palacio se compra con oro o se conquista con fusiles. Pero la misión del aprismo era llegar a la conciencia del Pueblo antes que llegar a Palacio. Y a la conciencia del pueblo no se llega ni con oro ni con fusiles. A la conciencia del Pueblo se llega como hemos llegado nosotros, con la luz de una doctrina, con el profundo amor de una causa de Justicia, con el ejemplo glorioso del sacrificio... ¡Sólo cuando se llega al Pueblo se gobierna: desde abajo o desde arriba! Y el aprismo ha arraigado en la conciencia del pueblo. Por eso, mientras los que conquistaron el mando con el oro o el fusil, creen mandar desde Palacio, nosotros continuaremos gobernando desde el Pueblo.

La fuerza que da el mando, al servicio de la injusticia, de los apetitos, de la venganza sólo es tiranía. Por la fuerza NO se nos reducirá. Correrá más sangre aprista, nuestro martirologio aumentará su lista inmortal; el terror reiniciará su tarea oprobiosa, pero el aprismo ahondará cada vez más en la conciencia del Pueblo. La bandera de nuestra causa agitará siempre más alta y más firme su idealidad de justicia. Y cumplida esta etapa de nueva prueba, insurgiremos con la omnipotencia de los invictos y demostraremos que las grandes causas no perecen por el miedo.

¿Esperar?... Sí, esperar, pero no esperar en el descanso, en la pasividad, en la falsa espectativa del que aguarda que las cosas vengan solas. Esperar en la acción, esperar en el trabajo infatigable, esperar con la convicción total de que los rumbos del destino los señalaremos nosotros. Sólo nuestra resolución de vencer nos dará la victoria final y ahora más que nunca, debemos estar resueltos a vencer. La voluntad y sólo la voluntad es el timón de nuestro destino.

Yo también esperé ocho años, en la persecución, en la prisión y en el destierro. Ocho años de soledad que fueron ocho años de determinación indeclinable. Muchas veces estuve solo. Muchas veces supe de la tremenda realidad de la incomprensión y del olvido. Pero no desmayé nunca. La decisión de vencer detenida por todos los obstáculos no me abandonó un solo día. Me había propuesto que el Partido surgiera vencedor del olvido, de la ignorancia, del pavor, de la desorganización. Y el partido insurgió poderoso. Mis ocho años de lucha estaban ganados. El Aprismo es hijo de la voluntad que encarnó en el dolor de un pueblo engendrando en él una fuerza orgánica y poderosa que habrá de servirle de instrumento vital para alcanzar la Justicia.

Desde entonces, no he abandonado mi puesto; no lo abandonaré nunca! Sabiendo que el Aprismo como religión de Justicia, como credo de Libertad, es causa de acción, de lucha, de rebeldía, de batalla tenaz y perenne, no me asustan las adversidades cotizables. Más me asustarían las victorias fáciles porque podrían enervarnos. Ganar obstáculos, aprovechar con optimismo de todas las experiencias por duras que ellas sean, es cumplir la obra de superación que el Aprismo necesita para hacerse digno de la gran victoria. Por eso, contemplo serenamente la iniciación de este nuevo período de prueba que hoy se anuncia. Con la curiosidad del padre o del inventor que quiere probar al hijo o la obra en embate de todas las resistencias, yo quiero ver al Partido soportando y venciendo en esta etapa dolorosa pero quizá necesaria para definir su fortaleza. Quiero que después de este duro examen, en el que vamos a probar nuestra fe, nuestra energía, nuestro espíritu revolucionario, nuestra indesmayable decisión de constructores del nuevo Perú, volvamos

a encontranos limpios y dignos los unos de los otros. Porque a quien quiera que se amedrente, jefe o militante, le llamaremos **cobarde**; y a quienquiera que claudique, jefe o militante, le llamaremos **traidor!**

Compañeros: Hoy comienza para los apristas un nuevo capítulo de la historia del Partido. Las páginas de gloria o de vergüenza las escribiremos nosotros o con sangre o con lodo. Hasta hoy, nada tenemos de que sonrojarnos. Hemos dado ejemplo y si hemos perdido temporal y aparentemente, esta pérdida nos enorgullece porque ella implica para el aprismo la más alta y más hermosa victoria moral que haya inscrito partido alguno en la historia política del país. Declaro con orgullo que los apristas han respondido con admirable unanimidad al espíritu del Partido, a la consigna elevada de su gran programa. ¡Continuemos así: la unidad del Partido, la disciplina del Partido, la fe del Partido, no han perdido hasta hoy nada de su vigor o de su elevación. De hoy en adelante, la tarea será más difícil. Las vacaciones semidemocráticas, las que impuso nuestra fuerza, han terminado. El Perú vuelve, desde ahora al imperio del despotismo. Nosotros hemos ganado una organización cohesionada y formidable. Nuestro deber, nuestro gran imperativo, es seguir siempre adelante. Somos el Partido del Pueblo, y la causa del Pueblo vencerá. Yo estaré en mi puesto hasta el fin. Espero que cada uno de los apristas no abandone el suyo. Así, pasados los días siniestros que aguardan al Perú, resurgirá nuestra obra todopoderosa. Entonces, los que ahora den paso atrás o nos vuelvan la espalda, llegarán tarde si intentan regresar. Porque el Aprismo que es Justicia, que es redención, que es pureza y sacrificio, rechaza a los claudicantes y a los oportunistas, a los que en las horas de buena espectativa nos brindaron su ayuda para abandonarnos después. Ahora más que nunca defendemos la unidad del Partido y ahora más que nunca, seamos severos con nosotros mismos.

Con la alegría profunda de los luchadores fuertes, con la convicción de nuestra gran causa, con la decisión de vencer, seguimos adelante. Seamos dignos del Pueblo y hagamos que el Pueblo sea digno de nosotros. ¡Sólo el Aprismo salvará al Perú!

Haya de la Torre

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Cortesía de los autores:

J. Arnaldo Meyners. ***Al margen de los días y las cosas*** (Crónicas). Puerto Rico.

Dr. Antonio Grimaldi: ***Biografía del Dr. Celeo Arias.*** Tegucigalpa. 1931.

Eugenio Orrego Díaz (Villavicencio 361. Santiago de Chile): ***El país de Lenin.*** Panorama general de la U. R. S. S. Santiago de Chile. 1932.

César E. Arroyo (Universidad Central, Quito, Ecuador): ***Manuel Ugarte.*** «Le Livre Libre». París, 1931.

José Venegas (Alcalá, 59. Madrid, España): ***Los problemas del libro en lengua castellana.*** Madrid, 1931.

Del poeta cubano, de los nuevos, Emilio Ballagas, hemos sacado en este semanario una página lírica. Ahora nos envía un libro de poemas;

Júbilo y fuga. La Habana, 1931. Con un prólogo de Juan Marinello.
Con el autor: Rayo 37, Habana, Cuba.

Señalamos:

A. Malaret: ***Diccionario de Americanismos.*** 2.ª edición extensamente corregida. San Juan, Puerto Rico, 1931.
Con el autor: A. Malaret. Ap. 723. San Juan, Puerto Rico.

La benemérita Espasa-Calpe sigue honrándonos con el envío de sus ediciones. En estos días hemos recibido:

Calderon de la Barca: ***Comedias religiosas.*** I. «La evocación de la Cruz» y «El mágico prodigioso». Prólogo y edición de Angel Valbuena. Madrid, 1931.

Trasladamos:

De inagotable puede calificarse hoy día el tesoro literario castellano creado en aquellos siglos áureos del máximo esplendor español en todos los órdenes, cuando el genio de la raza afirmó su capacidad y su esfuerzo de inteligencia y acción. Como es sabido, la intensa y variada producción literaria de los poetas y novelistas españoles quedó oscurecida, destacando de ella sólo una pequeña parte, la cual, sin embargo, no llegaría a merecer el creciente fervor de los públicos, que desplazáronla por las subsiguientes modalidades imperantes en el discurrir del tiempo. De ello resulta que actualmente se desconocen infinidad de autores y obras meritísimas, y que aquellas eminentes figuras que no son completamente ignoradas tienen un caudal literario incomparablemente mayor que el reducido de contadas obras que llegaron a las masas devotas.

He aquí, pues, la necesidad de una gran tarea exaltadora de ese acervo literario olvidado, cuyo conocimiento ha menester la sociedad de hoy, no sólo para embeber su gran caudal de enseñanzas, sino también por lo que se refiere a adquirir plena consciencia del patrimonio estético con que la raza culminó otrora. A este respecto hay que proclamar que el mejor tributo capaz de tener feliz realización es el que encarna actualmente la magnífica colección titulada ***Clásicos Castellanos,*** con que la más poderosa casa editorial española de hoy, Espasa-Calpe, S. A., ha venido en aumentar su ya amplio y selecto catálogo. La serie ***Clásicos Castellanos*** está ejerciendo, efectivamente, la admirable labor de despertar en los públicos lectores la afición hacia la olvidada solera clásica del idioma, ofreciendo no sólo obras de aquellos autores que apenas «suenan» en la devoción popular, sino la totalidad de la labor producida por los otros, cuyo nombre hízose famoso al través de contadas creaciones y cuya labor total debe hoy ser difundida. Por la cantidad de sus volúmenes, que rebasa el centenar; por el cuidado que se sigue en las ediciones, todas ellas revisadas por ilustres críticos y escritores, que tuvieron presente no sólo el valerse del mejor texto originario, sino de compulsarlo y anotarlo, ofreciendo, además, un interesante prólogo exegético y biográfico; por la armónica correlación ecléctica de géneros y autores, ***Clásicos Castellanos,*** resulta hoy día un magno esfuerzo editorial cuya eficacia ya se nota patentemente, cabiendo augurarle una dilatada y fructífera influencia en el renacimiento cultural español e hispano-americano.

Acaba de publicarse el volumen 106 de esta biblioteca consagrado a Calderón de la Barca, el inmortal dramaturgo de obra tan copiosa y personal, volumen titulado ***Comedias Religiosas,*** I, que comprende dos creaciones del mismo poco conocidas, cuyos títulos son «La devoción de la Cruz» y «El mágico prodigioso», ambas por igual interesantes y demostrativas de la fecunda vena calderoniana. Autor de la edición y el prólogo es el erudito profesor de la Universidad de Barcelona A. Valbuena y Prat, bien conocido por numerosos trabajos de esta índole acreditativos de su capacidad y dedicación entusiasta. El prólogo de referencia extenso, documentado y atrayente, constituye uno de los mejores estudios enjuiciadores del célebre autor clásico, ofreciendo, a la vez, la exégesis de las dos comedias aludidas, que encarnan, como todas las producciones de Calderón, singular relieve en el Teatro Clásico español.

Comedias Religiosas, I, tiene 350 páginas de texto, excelentemente impreso. Precio: 6 pesetas ejemplar en rústica; 7 en tela y 9 en piel. Espasa-Calpe, S. A. Apartado, 547, Madrid.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

Un libro de viaje de Georges Duhamel

Scenes de la vie future. «Mercure de France»

= Envío del autor =

El observador frente a Norteamérica

Georges Duhamel contempla desde la cubierta de un barco francés las vastas soledades oceánicas. Las señales de la tierra firme se enredan sin descanso en la antena vigilante del navío. El viajero observa el canal de Florida, y se le ocurre que los norteamericanos pueden cerrarlo en una fecha más o menos próxima, para desviar la corriente del golfo y transformar la Europa en un Continente helado. En el horizonte se anuncia una faja estrecha de costa. Es Cuba, "vestíbulo de América", con sus cocoteros de gracia femenina y sus febriles ingenios de azúcar.

Duhamel, hombre de rostro un poco monacal y de mirada piadosa tras de los gruesos lentes, no se contenta con ver los lineamientos del paisaje sino que gusta de explorarlo hasta su fondo y penetrar en la vida de los hombres que lo habitan. De esta manera descubre la angustia del pueblo cubano, sujeto contra su voluntad al ritmo poderoso de Estados Unidos. Si el creador de "Salavin" hubiera seguido rumbo hacia las Antillas ¿qué cosas no nos hubiera contado del imperialismo norteamericano? Le faltó al observador la visión de Puerto Rico—floreciente Estado yanqui pesando sobre una masa miserable de mestizos y de negros—; de Nicaragua, ultrajada y en peligro de convertirse en colonia; de Panamá, merecedor de un más alto destino y reducido a vivir sin gloria y sin soberanía. También debió ampliar su itinerario el observador hacia nuestra América del Sur, a fin de darse cuenta de los recursos de que dispone la latinidad en ese Continente para detener el avance del pabellón angloamericano, que es como la reja de una cárcel con sus barrotes azules y blancos y su claraboya lateral con varias filas de estrellas. Hubiera medido entonces la significación de las fuerzas autóctonas que cooperan con la latinidad en el sostenimiento de una cultura naciente que opone los valores del espíritu a los valores materiales.

Le faltó al observador de ojos piadosos el espectáculo de México reviviendo su arquitectura emocional, su arte aborigen, en competencia con el rascacielo, y organizando su vida campesina conforme al uso de la tierra; la visión de la Argentina democrática, constructora de grandes urbes neolatinas, destinada a recibir la herencia cultural de Occidente; el panorama de las Repúblicas de los Andes nacidas como para una Confederación ejemplar por su localización geográfica y su comunidad de ideales y de orígenes; en fin, le faltó ver todo ese haz de naciones, sacudidas por anhelos culturales, en contraposición al hormiguero norteamericano, entregado íntegramente al delirio de la civilización mecánica.

El navío entra sucesivamente en el golfo de México, en el delta amarillo del Mississipí y en el puerto humeante de



Georges Duhamel

Nueva Orleans, estruendoso de máquinas y oliente a carbón. Acodado en la borda, Duhamel exclama: "He aquí América". Mas, en realidad, lo que aparece ante sus ojos es la ampliación exagerada de Europa, la visión futura de Europa, o sea el espectáculo de un país que experimenta el fenómeno típico del apogeo capitalista e industrial. En una palabra, lo que el viajero vé es "la otra América".

Cinema

Asistimos a la infancia del cinema. Hace muy pocos años comenzó a andar, y ahora está aprendiendo a hablar y a tener una que otra idea propia. No está educado todavía y nos da la impresión de que ha vivido hasta hoy entre boxeadores, "girls" y vaqueros americanos. De la vida ha tomado tan sólo la gesticulación exterior e ignora casi en absoluto los percances del pensamiento moderno y las aventuras del espíritu.

Mas, es preciso confesar que, pese a esta infamia vulgar y desordenada, el cinema tiene un ancho horizonte en la vida futura. Está almacenando recursos para la hora de su madurez despejada y consciente. La costumbre del roce directo con la muchedumbre le servirá para su tamaño definitivo de orientador de pueblos.

Pero para cumplir este superior destino, el cinema tiene que emanciparse, ante todo, de la tutela económica que le acanalla y le explota. Los empresarios norteamericanos le han enseñado a prostituirse por unos cuantos céntimos y le han hecho olvidar su auténtico rol. El film actual exhibe todos los días sus mismas habilidades en todas las pantallas del mundo, al son de una musiquilla remendada y mendicante.

Georges Duhamel, con sus lentes que le sirven para ampliar las dimensiones de las cosas y penetrar en su entraña secreta, está contemplando el barajar incesante de sombras y de imágenes movibles en uno de los cinemas de la Unión. Liberal "a la inglesa", Duhamel rechaza todo lo que de alguna manera puede afectar a su libre albedrío, todo lo que puede corromper la atmósfera pura de pensamiento en que vive y respira su individualidad. Duhamel es centinela de su espíritu y guardián de su parcela de libertad y, ante el espectáculo semibárbaro del cinema actual que obra como un opio degradante en la conciencia del hombre de estos tiempos, levanta su maldición de profeta. Dirígese su anatema principalmente contra la música de cine que coopera con el film al embrutecimiento de la multitud. "Esta es la falsa música—dice el observador—. Música en conserva. Esto sale del matadero de música como las salchichas del almuerzo salen del matadero de cerdos. ¡Sí! Debe haber allá lejos, en alguna parte, en el centro del país, una inmensa construcción de ladrillo negro, cabalgada y hendida por los arcos de un **elevado**. ¡Es allí donde asesinan a la música! Allí es donde muere extrangulada por unos cuantos negros, como los lechones del Middle-West. Es acogotada por brutos cansados y medio dormidos. La descuartizan, la salan, la espolvorean con pimienta y la cocen. A eso se da el nombre de **discos**. Es la música en cajas de conserva".

"...Esta es una especie de pasta musical, anónima e insípida. Pasa y corre sin descanso. Está embutida de trozos conocidos, seleccionados probablemente por sus relaciones momentáneas con el "texto" cinematográfico. ¿Los novios van a atravesar el ecran? Pues, he aquí que de esta melaza musical surge de golpe la "Marcha Nupcial" de Lohengrin. Diez compases nada más. ¿Por qué milagro éstos se encadenan súbitamente a la "Sinfonía Militar" de Haydn? Es porque el ecran acaba de vomitar un desfile de infantería..."

Urge trabajar por la redención del cinema. No debemos perder la esperanza de verlo colocarse a la cabeza de la cruzada de la cultura, en cuyas filas militan la radio, el periódico y el libro. Hay que pensar en lo que sería el cinema, no como medio de explotación, sino como instrumento de difusión cultural, arrancándolo de manos de los empresarios fenicios y entregándolo a sociedades artísticas, científicas y educativas.

El cinema norteamericano, que es el que cuenta tal vez con mayor número de adelantos materiales, es el más atrasado en lo que se refiere a su desenvolvimiento interior. Falta de invención, uniformidad desesperante de asuntos, técnica arbitraria, desconocimiento de todo fac-

(Pasa a la página 123)

Fisonomía de Keats

= De *El Espectador*, Bogotá =

No puedo contemplar sin dolor el admirable, el fatal rostro de Keats. Esa fisonomía, copiada del modelo vivo, respira toda la muerte. Y si fué calcada sobre los despojos mortales del altísimo poeta, se diría que respira toda su noble y ardiente vida. ¿Es un mármol enfermo o es una lámpara humana que se consume en un tulipán de carne y hueso? Lampiña, apretada, la faz se ofrece angulosa y ancha. Serena y rapada, está desierta. Una boca prodigiosa, la del augur o la de la pitonisa. Es un guerrero del Egina, si las musas son guerreras.

No es puro: la palabra no interpretaría fielmente este ángulo del pico en la nieve. Este rostro es tan simple que suscita el miedo; no presenta traza de alimento. Tiene la simplicidad del cristal y de las flores que modela el hielo.

Pero sombras terribles surcan sus sienes, sus labios y sus mejillas. Y ese hielo es una corteza que la llama interior quema: el fuego se transparenta hasta muy abajo. La luz del sol, el amor y el adiós del joven Apolo, no tan seductor pero mucho más bello que Antígona, pues la novia que abandona no es de carne mortal sino una vida de maravillosa poesía.

¡Pobre Keats, sorprendente poeta! ¿Un niño como dicen? Lo menos posible. Maduro como la eternidad, maduro como la perfección de un arte acabado.

Burlado por todos, desconocido por la misma muchacha que fué su prometida y que suspiró de agradecimiento cuando la muerte la libró de este amante absurdo que no la amó por otra cosa que por la belleza. Un dios se había enamorado de su sombra. Lo mismo da él que otro, dijo encogiéndose de hombros. Pero en pocos días sus amigas le hicieron gustar el fastidio de tener un dios por novio. Muy alto para ser un bailarín, muy enfermo para ser jovial. La casquivana muchacha amaba el baile. El genio de aquel mortal único jamás la inquietó, jamás se lo supuso ni en sueños. Diez años después de su muerte, cuando se comenzaba a elogiarlo decía de él: "Nada sería más caritativo que dejarlo para siempre en la obscuridad a que lo condenaron las circunstancias".

¡Oh Keats, el más solitario de los jóvenes y el más poeta, cómo nos eres caro, espejo de luz, prisma de la belleza ebrio testigo de la naturaleza! Tú, a quien nadie conoció en vida, por lo que fuiste y por lo que eres: el poeta más encantador de Inglaterra, después de Próspero, príncipe de toda poesía. Tú, que agonizaste a los veintiséis años, pudiste decir:

"Aquí yace uno cuya gloria fué escrita sobre el agua".



John Keats

Julio Gómez de Castro

Oda a una urna griega

Al ingeniero *Enrique Uribe White*, cariñosamente.

Oh tú, la impasible, la novia sin voz del reposo.
Hija que nutrieran el Silencio y la Hora tardía;
Narrador silvestre que así los oídos deleitas
Con fábula grácil, de un dulzor que no da nuestro ritmo,
Orlada de hojas, qué leyenda fijó tus perfiles
De númenes o héroes o mortales y divos a un tiempo,
En délfica gruta o en las cuencas elisias de Arcadia?
Qué miedo de virgen? Qué humanos o dioses relievas?
Qué sopio de insania? Qué fugas de asedio? Qué sistros,
Gaitas y tambores y desnudos arrobos salvajes?

Dulces melodías, cuando arrullan el fácil oído,
Pero son más dulces las que nunca los hombres oyeron;
Así, tiernas flautas, no sonéis para torpe deleite:
Silbad con blandura cantilenas sin voz para el alma.
Juventud florida: ya tu vieja canción bajo el bosque
Dasamar no puedes, ni su palio, de pomas vencido.
Tú, férvido amante, nunca, nunca podrás darla un beso
Aunque te sonría el maduro panal de su boca;
Pero no te atristes: fresca siempre, aunque fallen tus ansias
La amarás sin término, y bella será para siempre.

Oh ramas dichosas, que no véis despojar vuestros gajos,
Ni alejarse, muda, la fugaz primavera de oro!
Felices mi veces, oh flautistas que el tedio no acalla
Y seguís tañendo una misma canción siempre nueva.
Oh feliz amor, más feliz: más que amor! todo fuego,
Que a gozar incita con ardor juvenil y turgente,
Que lanza suspiros en busca del ámbito puro,
Sacia corazones, que hiere y oprime de angustia
Y abrasa la sien y entumece la lengua tostada.

Ode on a grecian urn

Thou still unravished bride of quietness!
Thou foster-child of Silence and slow Time,
Sylvan historian, who canst thus express
A flowery tale more sweetly than our rhyme:
What leaf-fringed legend haunts about thy shape
Of deities or mortals, or of both,
In Tempé or the dales of Arcady?
What men or gods are these? What maidens loath?
What mad pursuit? What struggle to escape?
What pipes and timbrels? What wild ecstasy?

Heard melodies are sweet, but those unheard
Are sweeter; therefore, ye soft pipes, play on;
Not to the sensual ear, but, more endeared,
Pipe to the spirit ditties of no tone:
Fair Youth, beneath the trees, thou canst not leave
Thy song, nor ever can those trees be bare;
Bold Lover, never, never canst thou kiss
Though winning near the goal-yet do not grieve;
She cannot fade, though thou hast not thy bliss,
For ever wilt thou love, and she be fair!

Ah, happy, happy boughs! that cannot shed
Your leaves nor ever bid the Spring adieu;
And, happy melodist, unwearied,
For ever piping songs for ever new;
More happy love; more happy, happy love!
For ever warm and still to be enjoyed,
For ever panting and for ever young;
All breathing human passion far above,
That leaves a heart high-sorrowul and eloyed,
A burning forehead, and a parched tongue.

(Pasa a la página siguiente)

Quiénes serán, quiénes, los que van al lustral sacrificio?
A qué pulcro altar, misterioso pontífice, llevas
La púber novilla que parece mugir para el cielo,
Y en leves coronas su venusta opulencia recata?
Cuál será la aldea que a la orilla de mar o del río
O sobre el peñasco se destaca en jovial ciudadela
Sin ecos de vida, en esta apacible mañana?
Oh menuda aldea! se ha dormido el silencio en tus calles;
Jamás vendrá un alma a contarnos tu trágico sino.

Oh helénica urna, la del bello ademán: con la estirpe
De genios de mármol, de vírgenes y hombres, labrada,
Con dóciles gajos y humilde y errátil maleza;
Tú, forma silente, más allá del pensar nos torturas,
Rival de lo eterno; oh selvático idilio de nieve!
Extinta la huella del remoto vivir de mi raza,
Tú seguirás siendo—a la luz de dolores extraños
A nuestros dolores—una amiga del hombre, a quien dices:
Belleza es verdad y verdad es belleza. Eso es todo
Cuanto el hombre sabe, cuanto el hombre saber necesita.

Traducción de **Guillermo Valencia.**

Who are these coming to the sacrifice?
To what green altar, O mysterious priest,
Lead'st thou that heifer lowing at the skies,
And all her silken flanks with garlands drest?
What little town by river or sea-shore,
Or mountain-built with peaceful citadel,
Is emptied of its folk, this pious morn?
And, little town, thy streets for evermore
Will silent be; and not a soul, to tell
Why thou art desolate, can e'er return.

O Attic shape! fair attitude! with breed
Of marble men and maidens overwrought,
With forest branches and the trodden weed;
Thou, silent form; dost tease us out of thought
As doth eternity. Cold Pastoral!
When old age shall this generation waste,
Thou shalt remain, in midst of other woe
Than ours, a fried to man, to whom thou say'st,
"Beauty is truth, and truth is beauty—that is all
Ye know on earth, and all ye need to know".

John Keats.

Oda a una urna griega

— De *El Jardín de las Hespérides.* 1910. —

Oh novia inmaculada del reposo,
Pulida en el silencio de años lentos;
Silvestre narradora de un gracioso
Idilio más vehemente que los cuentos.

Suaves de nuestras cándidas veladas!
Qué leyenda de dioses o mortales
Se evoca de tus asas franjeadas
En antiguas Arcadias pastorales;

Cuáles son estos Panes, estas cautas
Vírgenes perseguidas, estos tiernos
Pífanos, estas gemebundas flautas,
Estos retozos y éxtasis eternos?

Dulce es la melodía que enajena
El oído, más dulce la que calla:
Suspira, pues, un aire agreste, avena;
Caramillo, modula tu rondalla.

Al fresco de estos árboles tendido
No acabarás tu canto, adolescente,
Y jamás los follajes han huído
Del fondo de este bosque floreciente.

Nunca, amante frenético, tu beso
Darás a la que al lado se querella,
Y nunca se ajará su labio ileso:
La amarás siempre, y siempre será bella.

Fuentes, perennemente rumorosas,
Jamás diréis adiós al claro día;
Ni tú, sentido músico, que glosas
Tus amores con rústica armonía.

Amor, dichoso amor, siempre soñado
Y siempre en más rebelde alejamiento,
Que nuestro corazón dejas sangrado
Y nuestro labio férvido, sediento!

A qué eglógico altar esta ternera
Mugiente conducís, graves pastores?
Lustró su flava piel la primavera
Y festonó sus astas con sus flores.

Qué tranquila ciudad, cerca de un río,
Alredor de su Acrópolis, desgrana
Por soleada vega este gentío,
En esta alegre y límpida mañana?

Solas por siempre quedarán tus calles,
Misteriosa ciudad, nunca tus yertos
Habitantes dirán por qué tus valles
Y santuarios quedáronse desiertos!

Atica forma! Inclito contorno!
Donde se enlazan Númenes augustos
Y delicadas vírgenes en torno
De valientes encinas y de arbustos!

Marmórea Pastoral! Insigne urna!
Tú cuyo enigma el pensamiento cansa
como la Eternidad; oh taciturna
Posada donde el Tiempo ágil descansa!

Cuando doliente senectud consuma
Esta generación, tu invicta alteza
Clamará siempre esta palabra suma:
Belleza es verdad; Verdad, belleza!

Traducción de **Cornelio Hispano.**

Un libro de viaje de Georges Duhamel

(Viene de la página 120)

tor ideológico y psíquico, gusto exagerado por la pseudo-hazaña, son las características del film yanqui. Los empresarios norteamericanos se han preocupado tan sólo de aumentar la "fuerza exterior" del cinema, dotándolo de todos los mecanismos necesarios a su perfeccionamiento material. El sonido y el color han venido a enriquecer el film moderno que se conquista gradualmente los públicos de todo el mundo. Mas, a pesar de la policromía y la sincronización, el cine continúa siendo un espectáculo cándido e infantil, como fué el guiñol o el teatrito de fantoches. Es que le falta un gran soplo espiritual que le anime y le incorpore realmente a la vida. El film ruso, el alemán y el eslavo han iniciado ya esta obra de adaptación humana, que es una segunda creación.

El culto de la máquina y de la publicidad

Sobre los tejados corren alfabetos eléctricos. Las fachadas de las casas están cubiertas de una floración luminosa y los altoparlantes gritan, dialogan y cantan sobre la muchedumbre, en todas direcciones. Bocinas que aúllan como mastines, campanillas persistentes y agudas, timbres irradiantes como dolores nerviosos, sirenas de barcos que mugen bovinamente, pitos de sonido perforador desgarran el aire de la gran urbe. Pasan sin descanso los automóviles de antenas de luz, los tranvías—con su ombligo de cristal iluminado por dentro—, los ómnibus que son los verdaderos paquidermos de la circulación urbana, los trenes elevados que subrayan el cielo con su veloz trazo de oro. Debajo del suelo, ruedan como torrentes de hierro los trenes subterráneos. Máquinas y hombres pululan por todas las avenidas y paseos, y se precipitan en las plazas formando la peligrosa ruleta del tráfico. Los anuncios lo cubren todo como una vegetación monstruosa: En el pavimiento florecen letreros de colores; por las fachadas trepan enredaderas de palabras; los tejados y las cúpulas se coronan de resplandores acrobáticos; en el aire navegan súbitas claridades; rubrican el cielo con sus iluminaciones los aviones de propaganda.

Los hombres ya no se comprenden entre ellos porque han empezado a hablar las máquinas. Por tods partes resuenan coros de hierro y de acero Máquinas para cortar y para rehacer, para aserrar, moler, pulverizar; máquinas para tejer, coser, hilar y deshilar, destruir y componer; máquinas para destilar, quemar, fundir; máquinas para mezclar, dilatar, reducir, calcular, andar y ver. Máquinas para fabricar salchichas y para ajusticiar a los reos. Máquinas para suprimir la descendencia y para lactar a los niños. Máquinas para conducir otras máquinas y para jugar al ajedrez. Solamente no se ha inventado todavía, dice con suave ironía el profesor Alfred Siegfried, "la máquina para coger fresas".

Este es el espectáculo de la civilización mecánica que nos ofrecen los Estados Unidos. **Civilización baconiana** —como la define justamente Duhamel— "porque descansa toda entera sobre las aplicaciones del método inductivo". Las creaciones materiales del hombre, multiplicándose hasta sobrepasar todas las fantasías, amenazan reducir cada vez más los dominios del espíritu. Las máquinas que al principio se inventaron para la economía del esfuerzo, para la ayuda del trabajador manual, ahora son empleadas para producir febrilmente hasta congestionar los mercados del mundo. A medida que se intensifica esta locura de la producción, va creciendo esta publicidad que prepara las puertas de escape. La máquina sin la *réclame* pronto sería inutilizada por su propia obra. Los anuncios abren nuevas vías de circulación a esos verdaderos ríos de productos que lanza la máquina sobre la tierra. Naturalmente esta propaganda no favorece sino al fabricante que, por este medio, obliga a servir a sus intereses a los demás hombres, transformándoles en sus compradores, es decir engañándolos, pues los valores auténticos de las cosas resultan falseados por el lente de aumento de la publicidad exagerada.

En las ciudades norteamericanas, los grandes anuncios entablan una especie de duelo para adueñarse del hombre —del comprador—y reducirlo a una cifra en el libro de caja del industrial moderno, señor del mundo. Estados Unidos es el único país donde la posesión de la materia por ruín que sea, concede al hombre una realeza; el Rey del acero, el Rey del azúcar, el Rey del carbón tienen tantos palacios y súbditos como los que antaño poseían los monarcas de mandato divino.

Con un tipo de civilización semejante, asentada sólo en lo temporal, los valores morales quedan postergados y acaban por desaparecer. La civilización y la cultura libran su batalla en tierras de la Unión y la ventaja es hasta este momento de la primera, como no podía ser de otro modo en un pueblo que ha hecho de la Bolsa su templo y del "ring" el altar de un nuevo culto.

Hombres de color

Uno de los capítulos más interesantes del libro de M. Georges Duhamel es el que trata de la separación de las razas en los Estados Unidos. Toda la piedad, toda la ternura del gran escritor francés, apóstol de una humanidad más justiciera, aparecen en esas páginas. Algunas figuras de negros pasan a través de ellas; mas se esfuman casi inmediatamente. Hubiéramos deseado, es verdad, pinturas más completas, mayor número de sucesos narrados con ese gran temblor humano que el autor de **Confesión de Medianoche** y **Vida de los mártires** sabe infundir a sus creaciones; pero la intención del ilustre viajero era otra y ha preferido ofrecernos un alegato contra la civilización despiadada que repudia y acosa a los hombres de color.

El **coloured people** sufre un verdadero calvario en los Estados de la Unión. Los negros son rechazados de todas partes y obligados a aislarse como los leprosos. Les está vedado el contacto con los hombres blancos hasta en los más pequeños menesteres de la vida diaria. Hay hoteles, cines, tranvías, almacenes, sólo para la raza maldita. Los hombres de color no tienen entrada en los recintos que la civilización americana construye para admiración del mundo. Ni siquiera el cementerio, pórtico del más allá, les admite en su seno. No hay muerte niveladora para ellos. Los huesos de éstos infelices son destinados a un cementerio especial, cerrado y amurallado, que es como el símbolo de la soledad eterna de su raza. Los ciudadanos de los Estados Unidos emprenden el viaje sin retorno practicando las supersticiones religiosas de los negros; pero sin perdonarles la afrenta de su piel. "Nada hay de común entre las razas, hasta en el aniquilamiento, dice Duhamel. Nada hay de común sino esta cruz dolorosa, esta cruz impotente que hace, de ambos lados de la calle, a pesar de las murallas, su mismo signo de imposible concordia".

Sin embargo, los antiguos esclavos negros trabajaron esforzadamente para la riqueza de la Unión y han aportado a ella su energía y su espíritu. Por los resquicios de la vida americana se escapa, de vez en cuando, el aliento misterioso de estos abuelos y sopla en la música moderna, de ritmo desgarrado, que nos hace estremecer como un lamento o una amenaza. Los ciudadanos yanquis disfrutan actualmente de la prosperidad acumulada por varias generaciones de hombres de color que llevaron una vida franciscana, de privación y desprendimiento de los goces de la tierra, en los ingenios de azúcar y en las plantaciones de algodón, y se consolaron con la Biblia—pozo inagotable para la sed del rebaño humano—o con los sencillos cantos metodistas. El orgulloso norteamericano de nuestro tiempo cree que toda esa grandeza que le rodea ha sido creada únicamente con su esfuerzo, sin sospechar que lenguas y sangres diversas han concurrido a la construcción de la moderna Babel y que en cada piedra está gritando una cultura diferente. Los genuinos yanquis han jugado solamente el rol de empresarios en esta edificación ciclópea. El negro, eterno "prisionero de su piel" es el que más ha arañado la tierra para que brotara ese río de oro que va a desembocar en Wall-Street y se esparce luego como inmensa red apresando naciones y pueblos de los cuatro Continentes.

Salavin viajero

Nuevamente Luis Salavin deja su casa de la calle Pot-de-Fer (¿vive ahí o en Val de Grace?) para medir los caminos del ancho mundo. Ha visto ya casi toda la Europa y varias veces se ha refugiado en Africa, huyendo del maquinismo y de los prejuicios de la civilización occidental. La anterior escapada fué a Rusia—que también visitaron Luc Durtain, Blaise Cendras, Barbusse, Panait Istrati —y de allí regresó con su corazón liberal sofocado por las pieles, el vodka, los soldados y los campesinos. Otra vez al es-

critorio de empleado modesto y al diván aquel del que decía Henry Bidou que era "el más profundo retiro de Salavin, la concha del caracol". Luego, andar de nuevo. Mas ahora hacia los Estados Unidos, o sea el reverso de la estampa soviética. Conocer quería los dos polos de la civilización contemporánea: el Estado colectivista donde un partido político ejerce el poder en nombre del proletariado y el Estado individualista donde el capitalismo gobierna en nombre del pueblo.

Tres normas mentales se había fijado Salavin-Duhamel: Calma pura, equilibrio, serenidad. ("Retrato de Salavin por él mismo"), y la visión de la América sajona tenía que parecerle excesiva. Los rascacielos alojándose en las nubes. El Empire-State de New York plantado en el camino de los dirigibles. Hormigueros humanos moviéndose ordenadamente al mandato de los timbres y los guiños luminosos. "Civilización de insectos" anota el viajero. Y más arriba: "Ciudades inhumanas construídas en un suelo que no invita a la moderación. Lagos, valles, ríos, bosques, llanuras, todo es desmesurado. Nada parece hecho para inclinar al hombre hacia un sentimiento de armonía". Luego Chicago, la ciudad-cáncer. La deificación de la máquina que lo arrolla todo y amenaza transformar a nuestro siglo en una Edad ciega, imperialista.

Duhamel se va al campo para airear y tonificar su espíritu. Mas el campo en los Estados Unidos aparece tiznado de carbón, prisionero entre valles, con construcciones, letreros prohibitivos, carteles industriales. Inconocible sin su libertad y su soledad nemorosa. Diríase que hasta la tierra misma no realiza allí su trabajo con alegría. Está sometida a la tortura de la explotación febril. El agricultor no cuida amorosamente la heredad sino que trata de hacerle rendir el máximo provecho en el menor tiempo. No es este el agro francés que el campesino cuida, más que con amor, con secreta avaricia, ni mucho menos el agro holandés, amaestrado, vestido y alimentado científicamente para la conservación de su gran salud botánica.

El observador desconsolado busca la cifra espiritual — el significado — de la vida norteamericana, en el hogar, los espectáculos, las costumbres. Mas por todas partes sólo halla un materialismo estrecho, oculto bajo un barniz de aparente puritanismo. La reglamentación de los actos menores de la existencia diaria es llevada hasta el límite. Hay una especie de dictadura higienista y moralizadora que pesa sobre los individuos y las cosas. Se ha hecho una ley para reducir la duración del beso de cine a la longitud de siete pies de celuloide. El consumo de alcohol es prohibido; pero en la feliz tierra del dipsómano Edgar Allan Poe, todo el mundo—sin excluir la mujer—bebe hasta el delirio, hasta la muerte. Coktails de agua de Colonia. Coktails de agua dentífrica. Coktails de alcohol de madera. Miles de individuos viven del contrabando, son poderosos como reyes y constituyen la primera fuerza electoral en la política, gracias a la prohibición. Confort sí lo hay, mas éste es "puramente muscular y táctil" nos dice Duhamel.

Este gran libro, **Escenas de la vida futura**, es uno de los documentos más fieles sobre los Estados Unidos. Entre los libros franceses del género—parciales en su mayor parte—ocupa un lugar excepcional por su elevación e independencia. Fresca está todavía la lectura de **Un ojo nuevo sobre América** del joven escritor Paul Achard que fué a Nueva York invitado por una empresa cinematográfica yanqui. Aun tenemos en el paladar el sabor del caramelo cosmopolita de Paul Morand que cantó a la gran urbe "encrucijada del planeta". El libro de Duhamel es el de un hombre libre que pertenece a la estirpe espiritual de Rabelais, Voltaire y Montesquieu. La Academia Francesa ha discernido con razón un premio excepcional a estas **Escenas de la vida futura** que andan ya traducidas a varios idiomas.

Para completar su juicio panorámico de nuestro siglo, Georges Duhamel acaba de publicar su **Geographie cordiale de l'Europe** donde están consignados sus viajes por Holanda, Grecia y Finlandia. La simpatía por el mundo que alienta en todos los libros del creador de **Salavin**, le coloca a la cabeza de los escritores franceses de generoso sentimiento universalista, entre los cuales están Jules Romains, Philiphe Soupault, Jules Supervielle, Valery Larbaud, Pierre Mac Orlan. Todos pertenecen a la línea de André Gide, del que han tomado su fecunda "sed de conocer". Aun hay otros escritores "gideanos", pero de inclinación campesina, católica o localista: Henry de Montherlant, León Paul Fargue, Ramuz, Max Jacob.

Duhamel sabe infundir a sus obras un gran aliento humano que le va acercando día a día al pueblo y le dará la altura definitiva, al lado de los maestros excelsos. Sus libros serán buscados cada vez con mayor afán. Novelistas de los niños, cantor de los humildes—tiene un tomo de poesía unanimista, **Compagnons**—amigo de todos los que sufren, se identifica con su personaje Salavin que quería ir "hacia la santidad sin la fe". Indiferente a la frescura del laurel, el gran escritor francés trabaja sin descanso. Medita sobre los problemas contemporáneos. Ve el mundo. Anda por las modernas ciudades. Moscú, New York, Berlín, le han visto pasar sobre el friso de la muchedumbre. Su mirada compasiva, tras de los lentes de cerco de carey, parece poner sobre los hombres un gran resplandor de piedad.

Jorge Carrera Andrade

Barcelona. Febrero. 1932.

Heredia y los pinos del Niágara

= *Envío del autor* =

Para *José María Chacón y Calvo*,
que prepara la biografía definitiva de Heredia

Figura singular en América, don Alejandro Woss y Gil, de Santo Domingo, ha usado siempre con desgano sus dones de excepción, recorriendo toda la escala del trópico, desde hombre de letras hasta general, y, como casualmente, ha ocupado dos veces la presidencia de la República. Pero su vocación definida es la de conversador. Conversador de arco vastísimo, que empezará con los fósforos de Suecia, atravesará el turbio río de las filosofías de la intuición sin salpicarse con nombres de filósofos, y rematará con los caballos de carrera. Pero conversador a la dominicana, con su carga árabe de cuentos sabrosos, como aquel del cochero gallego que, negándose a sustituir su pobre caballo criollo envejecido con algún buen ejemplar del norte, exclamaba chasqueando el látigo: "¡Nu hay cum la raza latina!"

Era yo adolescente cuando oí comentar a Woss y Gil la fuerte hermosura de dos versos de la oda **Al Niágara**, de Heredia. Después de suspirar por las palmas de Cuba, el poeta se retracta y dice, con rumoroso rodar de erres:

> Ni otra corona que el agreste pino
> a tu terrible majestad conviene...

Pero en 1917, visitando el Niágara, vi que "Alrededor de la caverna inmensa" no había pinos.

¿Serían los pinos mera invención literaria de Heredia? Sentí la certeza de que no: en el Niágara hubo de haber pinos a principios del siglo XIX; los versos dan la impresión vital de lo que vieron los ojos. Escribí entonces, proponiéndole el problema, a Mr. Ellijah Clarence Hills, a quien debemos buenos estudios y excelentes ediciones de Heredia. A las pocas semanas, después de consultar obras históricas sobre el Estado de Nueva York y la región del Niágara, el distinguido hispanista me comunicaba la solución,—la cual, no sé por qué, no ha trasmitido al público, a juzgar por su reciente volumen de **Hispanic Studies:**—La catarata estaba rodeada de pinares; pero hacia 1840, vándalos codiciosos establecieron en la cercanía aserraderos que talaron los bosques circundantes. Después, cuando el Niágara degeneró en institución oficial, se pensó en reparar el desastre; se plantaron árboles nuevos junto a la catarata, pero se olvidaron de los pinos, su natural corona.

Pedro Henríquez Ureña

Nota.—Este artículo fué enviado a la revista *Social*, de la Habana, y publicado en 1931. Ahora, en enero de 1932, acaba de morir D. Alejandro Woss y Gil.—P. H. U.

De "El Libro de los Muertos" egipcio

(3500 B. C. et seq.)

= Versiones de *Salomón de la Selva* para *Repertorio Americano* =

1

El muerto se incorpora y entona himno al Sol

¡Homenaje a ti, oh Ra, en tu salir tremendo!
Sales; brillas; a tu paso los cielos se dividen:
Eres Rey de dioses, eres quien todo lo abarca,
de ti procedemos y en ti somos deificados.

Al amanecer levántanse tus sacerdotes: En linfas de risa se lavan el corazón:
Vientos divinos se mueven en música sobre cuerdas de oro:
Y en el ocaso se abrazan a ti cuando la techumbre de nubes
llamea con el color que se refleja de tus alas.

Bogas en el cenit y tu corazón se letifica;
tu barca de la mañana y tu barca del anochecer se juntan impelidas por vientos favorables;
frente a tu faz la diosa Maat exalta su pluma fatal,
y al ruido de tu nombre los pabellones de Anu resuenan con voces.

¡Oh, Perfecto! ¡Oh, Eterno! ¡Oh, Uno Unico!
¡Gran Gavilán que vuelas con el sol!
Sales, de entre sicomoros, vestido del color de turquesa, eternamente joven,
y haces brillar tu imagen en las aguas lustrosas del río celestial.

Tus rayos iluminan todo rostro: Eres inscrutable.
Con cada edad tu vida su anhelosa primavera renueva.
El Tiempo arremolina su polvo muy por debajo de ti: Eres inmutable,
hacedor del Tiempo, libre tú de su imperio.

Por los portales que se cierran al paso de la noche, pasas
alegrando las almas de quienes yacen en pena:
Los de Palabra de Verdad, los Tranquilos de Corazón, se levantan a beber tu luz:
¡Tú eres Hoy y Ayer, Tú eres Mañana!

¡Homenaje a ti, oh Ra, que despiertas de tu sueño!
Sales; brillas; muestras tu faz esplendorosa:
Han pasado millones de años—no podremos contar cuántos—
y vendrán millones de años más: ¡Tú estás sobre todos los años!

Entona himno a Osiris, Señor de la Eternidad

¡Gloria a Osiris, Príncipe de la Perpetuidad,
recorredor de la Eternidad toda en millones de millones de años,
a quien el Norte y el Sur coronan, Señor de dioses y de hombres,
portador del báculo y del látigo de la misericordia y del poder!

¡Oh, Rey de reyes; oh, Príncipe de príncipes; oh, Señor de señores,
por ti de nuevo el mundo reverdece en virtud de tu Pasión:
Llevas en tu séquito cuanto ha sido y será;
tu corazón reposará contento en la Montaña oculta.

Tu cuerpo es el metal que brilla; tu cabeza el azur,
el color de turquesa juega en tu redor dondequiera que vas.
Tu cuerpo todo lo penetra. Tu faz irradia,
como los campos y como los bajíos regados de río, en el mundo venidero.

¡Otórgale a mi cuerpo fuerza en la tierra y triunfo en la eternidad!
¡Otórgame vientos favorables para circumnavegar tu Reino!
¡Otórgame alas con las que alzar el vuelo semejante al ave Fénix!
¡Otórgame liberal bienvenida a los pylones de los dioses!

En el Palacio del Frescor concede que me sea dado pan tuyo,
alimento de quienes contigo se levantan de la muerte victoriosos,
y haced que haya hogar para mí un las Praderas Felices
donde pueda sembrar y recoger en aquellos asoleados campos de trigo y de centeno.

Le pide a Dios absolución

¡Oh, Tú que imprimes velocidad al ala avanzadora del Tiempo,
que moras en todos los misterios de la Vida,
guardián de cuanta palabra yo pronuncio,—
he aquí que te avergüenzas de mí, tu hijo:
Mi corazón se llena de pena y de reproche
pues mis pecados fueron culpa gravísima en el mundo,
y orgullosas mi maldad y mi transgresión!
¡Oh, aplácate conmigo; oh, aplácate!
¡Derriba las barreras que me dividen de Ti!
¡Sea yo lavado de pecado y mis pecados caigan en olvido
a tu diestra y a tu siniestra!
¡Deshace mi maldad,
quítame el orgullo que me llena el corazón,
y sea entre nosotros la paz en adelante!

Se aferra a la memoria de su identidad propia

En la Gran Casa, y en la Casa de Fuego,
en la noche tenebrosa de contar todos los años,
en la oscuridad inmensa de la noche en que se nombran los meses y los años,
¡oh, que me sea a mí devuelto el nombre!

Cuando el Divino Uno en la Gradería del Oriente
haga que tome asiento con El en santa paz,
cuando los dioses todos proclamen su nombre cada uno,
¡oh, que recuerde yo el nombre que llevaba!

Se acerca al Palacio del Juicio

¡Mi Corazón, mi Madre; mi Corazón, Madre mía,
simiente de mi ser, mi existencia en la tierra,
permanece a mi lado en la sala de los príncipes,
en la presencia del Dios que guarda la Balanza!

Y cuando se te pese en los platillos con la pluma de la Verdad, no rindas juicio en contra mía,
ni permitas que en mi contra los Dioses del Juicio griten:
¡Hizo Maldad y Habló Mentira!

Y vosotros, divinos Dioses entronizados en nubes y portadores de cetros,
a la hora cuando se pesen las palabras interceded con Osiris a mi favor,
abogad por mi causa frente a los Cuarenta y Dos Jueces,
y no dejéis que muera nuevamente en Armentet.

He aquí que si nada, Corazón, nos separa,
perdurará unido al mañana nuestro nombre:
Sí, Millones-de-Años es el nombre que hemos escrito;
Sí, Millones-de-Años, ¡oh, mi Corazón, mi Madre!

Se le declara decidor de Verdad

Así dice el gran dios Thoth,—
juez de lo Recto y juez de la Verdad,—
a la Compañía de los Dioses
cuya sede está frente a Osiris:

«Ahora en verdad este corazón
fué pesado, y está puro.
No se le halló maldad a éste
cuyo corazón resistió la prueba de la Balanza.»

Y responden los dioses
cuya sede está frente a Osiris:
«Tus palabras son de verdad: Dejadle entrar
y vivir en paz por siempre.

»Dadle que tenga casa
en los Campos sempiternos.
No devore el Olvido
al alma triunfante.»

Y así Horus, hijo de Isis,
dice a Osiris divino:
«¡Oh, padre, te he traído
esta alma vindicada

»Cuyos hechos han sido juzgados,
cuyo corazón fué pesado en la Balanza;
otórgale tus panes y tu cerveza, otórgale
bienvenida a tu presencia!»

Y dice así el alma viva:
«He aquí, Señor de señores,
que a tu presencia llego,
sin pecado delante de Osiris.

»Tú eres la Hermosura,
Príncipe de todo el Mundo:
Te he amado: ¡Favoréceme
y hazme Amada tuya!»

Sale al Día

¡Héme aquí; he cruzado la Tumba y te contemplo, oh, Tú que eres fuerte!
Atravesé el subterráneo Mundo, miré el rostro de Osiris,
desvanecí la noche.

Héme aquí: Miré el rostro de mi Padre, de Osiris,
soy su hijo:
Soy el hijo que ama al Padre,
el bien amado soy.

Me abrí sendero por el horizonte de occidente,
igual que Dios.
Seguí sus pasos y por magia suya
gané millones de años.

Abierta está la Puerta entre el Cielo y la Tierra,
mi sendero es jubiloso.
¡Ave, todos los dioses! ¡Ave, todas las almas! que de entre la oscuridad
brilla la luz.

Como el Gavilán entré, como el Fénix salí,
estrella de la alborada.
En el mundo de la Hermosura, cabe el Lago de Horus,
el Día se levanta.

Ruega a Osiris levantarse de entre los muertos

¡Levántate, ponte de pie, oh, Corazón Tranquilo!
¡Oh, Corazón Tranquilo, tu cuerpo está hecho perfecto!
Isis, entre las cañas en la margen del Nilo,
y en los pantanos de los papiros oscuros, te lloraba.
Para vengar tu suerte ella le dió abrigo a Horus,
y he aquí que él sale de sus habitaciones secretas:
Ya combatió tremendamente contra tu enemigo
y boga en la barca de la Aurora.
¡Ven fuera, oh Corazón Tranquilo, que ya vengué la afrenta que se te hizo!

Se unifica con Osiris

Soy el Príncipe en el Campo,
Osiris soy.
Soy Horus y Ra,
uno con Osiris.

Yo guardaba la puerta
del cuarto en que nació,
y el nacido fuí yo en su nacimiento:
¡Osiris soy!

Uno con su corazón y su fuerza,
que eternamente se renueva
en su juventud mi juventud, por dondequiera
que Osiris va.

Al dar muerte a quien le mata, yo también
me levanto de entre la tiniebla:
Vengo la afrenta que se me hace,
obrando su venganza.

Cuanto a él se ofrece
mi altar adorna.
Quien surge de la Muerte
con él me lleva.

Se unifica con el Dios Ra

Soy el Señor de la Luz, la Juventud autoengendrada,
primogénito de la primera vida, Nombre primero de la materia innominada.
Soy el Príncipe de los Años; mi cuerpo es la Eternidad,
mi forma es la Perpetuidad que con sus pies hunde las tinieblas.

Llamadme con mi nombre: el Amo que vive en
el Viñedo,
el Niño que vaga por el pueblo, el Joven que
trabaja en el llano:
Llamadme con mi nombre: el Hijo que viaja hacia
su Padre,
el Hijo de la Luz que halla a su Padre hacia el
Anochecer.

Se unifica con el Dios Unico cuyos miembros son los muchos dioses

¡Oh, sempiterno reino del Cetro,
oh, Lugar de Reposo donde halló anclaje la barca
brillante de Ra,
oh, Blanca Corona de la Forma divina!
¡Que ya llego, yo, tu hijo, yo que soy tu hijo!
Mi cabellera es Nu, mi rostro es el disco de Ra,
mis ojos son Hathor, mi cuello es Isis:
Cada miembro de mi cuerpo es un dios,
y mi carne y mis huesos, nombres de Dioses Vivos.
Me abriga Thoth, por siempre, día y día.
Llego en forma de Ra. Llego en forma de Aquel
cuyo nombre
es aún desconocido. Llegó como el Ayer,
Profeta de los millones de años que han de ser
para naciones y pueblos jamás dichos.
Soy hijo del que marcha a lo largo del sendero
del Ayer y del Hoy y del Mañana.
Soy el Uno, el Uno Unico:
¡Soy!

Los Estados Unidos y los empréstitos a gobiernos americanos

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

"Los Estados Unidos—se ha dicho con razón—emergieron de la guerra universal cambiados comercial y financieramente". Uno de los aspectos más importantes de ese cambio fué el desarrollo de las inversiones de capitales estadounidenses en el extranjero, que apenas, puede decirse, se había iniciado antes de 1914. Y esas inversiones—aparte del cuantioso crédito a los aliados—han ido aumentando considerablemente en los últimos años, hasta el punto de que en sólo cinco años—de 1920 a 1925—tuvieron un crecimiento de 6.000 millones de dólares, y en el trienio 1928-1930 alcanzaron nuevo aumento de otros 6.000 millones de dólores. A fines del año 1925 del total de las inversiones de distintas clases en el extranjero un cuarenta por ciento correspondía a los países latinoamericanos, o sea algo más de 4.000 millones de dólares, y de esta suma sólo el veintidós por ciento estaba invertido en empréstitos a los gobiernos. Actualmente, y siempre sin contar el crédito de los aliados, el capital de los Estados Unidos es acreedor de unos 10.000 millones de dólares prestados a gobiernos extranjeros, comprendiendo ese total 1.500 millones de empréstitos a gobiernos de nuestro continente.

Como consecuencia de que al finalizar el año 1931 unas 50 emisiones de títulos sudamericanos, que representan más de 550 millones de dólares, no abonaran sus servicios; que diversos países latinoamericanos suspendieran el pago de la deuda externa, y que el Congreso de Estados Unidos iniciara un estudio profundo de la situación económica de esa nación, como previo a la consideración de la moratoria de un año en el pago de las "reparaciones" y deudas intergubernamentales propuesta dentro del reciente plan financiero del presidente Hoover, se hizo oír en la gran república del Norte una recia propaganda para demostrar que la falta de pagos de los empréstitos significaba grave perjuicio, no sólo para un buen número de instituciones bancarias, sino también para una gran masa de ciudadanos—muchos de ellos de recursos limitados—que eran poseedores de títulos comprendidos en la cesación de pagos. Es sabido que las poderosas firmas de Nueva York sólo son tramitadoras de los empréstitos, y, según las recientes declaraciones de sus propios representantes, ellas poseen únicamente una suma de títulos relativamente reducida, pues éstos son tomados por Bancos, grandes y pequeños, de todo el país, los cuales a su vez los colocan entre sus clientes particulares que durante el último tiempo señalaron mayor preferencia por los títulos de inversión en el extranjero y especialmente por los empréstitos a los gobiernos, que aparecían con buenas garantías y ofrecían mejores intereses. El pequeño ahorro en los Estados Unidos se ha inclinado notoriamente hacia esa clase de títulos, hasta el extremo de que en aquel país es proverbial el conocimiento que cierta gente modesta posee sobre las negociaciones de los valiosos empréstitos, cuyos bonos se distribuyen entre millones de tenedores.

Estos antecedentes justifican el afán que está demostrando el Senado de los Estados Unidos—y especialmente su comisión de hacienda—para comprobar en qué grado las moratorias resueltas por algunos gobiernos afectan la economía del pueblo de aquella nación y averiguar asimismo los recursos de que se han valido los principales tramitadores para obtener sus negociados y luego colocar los títulos. La ruidosa investigación, que según las últimas informaciones está a punto de cerrarse, no ha profundizado el estudio de algunos aspectos muy interesantes, y en cambio ha tomado rumbos que escapan al radio que prudentemente puede alcanzar la acción investigadora del poder de una nación cualquiera.

En efecto, la investigación aparece empeñada en el propósito de conocer demasiado cómo algunos funcionarios de países sudamericanos o personas vinculadas a los gobiernos de esas naciones han tramitado empréstitos y han cobrado comisiones ilícitas, que son delictuosas tanto para quien las cobró como para quien las pagó. Esos hechos inmorales e ilegales—reprobables en todos los conceptos—no caen bajo la jurisdicción investigadora del Senado ni de ningún poder de los Estados Unidos, sino tan sólo de los gobiernos de los países afectados. Una elemental discreción obligaba a ser respetuoso de las soberanías de tales países, dejando que la reacción se produjera en las mismas naciones donde ocurrieron las ilegalidades. Ha llegado el Senado hasta someter a interrogatorios—por intermedio del departamento de Estado—a embajadores sudamericanos acreditados en Washington, sobre asuntos perfectamente de orden interno de cada país. Ahí están—por ejemplo—esas "siete preguntas" formuladas por el presidente de la comisión investigadora al representante de Chile ante la Casa Blanca, relativas a la construcción y funcionamiento de la Compañía Chilena de Salitres y a los chilenos, funcionarios o no, que intervinieron en ciertas negociaciones del gobierno de la Moneda. Y algunos poderes de naciones sudamericanas, lejos de reaccionar contra sos pasos equivocados del Senado estadounidense, se han dirigido—es el caso del Perú—a dicho cuerpo, interesándose por la investigación y pidiéndole informes sobre hechos que puedan significar malos manejos de las finanzas de la nación, como si dichos poderes no pudieran o debieran investigar por su propia cuenta lo que ha ocurrido bajo la exclusiva soberanía nacional. Es necesario defender el límite insalvable de la soberanía material y espiritual de los pueblos, y ello no debe ser olvidado por los poderes de la República del Norte ni por ninguno de los países del continente. La obligación es común a todos.

En cambio, el Senado de Washington ya tiene la evidencia de que la cancillería de la Casa Blanca no fué totalmente ajena a la tramitación de los empréstitos que gobiernos extranjeros obtuvieron en el Wall Street durante los últimos años. Esa intervención, que no está autorizada por ninguna ley, que fué realizada secretamente y que es peligrosa desde el punto de vista del derecho y de la amistad internacional, señala a la comisión investigadora un camino para su trabajo y sus conclusiones, tan interesante como el de la plausible defensa de los millones de modestos tenedores de títulos.

Los empréstitos son simples actos de comercio realizados entre un gobierno y firmas financieras establecidas en Nueva York, en Londres o en París, sobre los cuales no corresponde el control de los gobiernos de los países donde están establecidos los prestamistas, a pesar de que se pretende invocar la práctica contraria de algunas plazas europeas. Podrá el Congreso de los Estados Unidos, sancionar determinada ley—más o menos como se proyecta—tendiente a proteger el pequeño ahorro colocado en títulos, o a poner coto a los abusos de los negociadores que inducen a engaño a sus clientes con promesas de ganancias o con simulación de la verdadera garantía de las inversiones, pero no podrá jamás justificar la intromisión de los departamentos de Comercio y de Estado de Washington, que aparecen discutiendo o dando su conformidad al aspecto financiero y político de los empréstitos de gobiernos extranjeros. Esa intromisión es contraria al derecho internacional, es imprudente, puede resultar coercitiva y hasta es peligrosa para el mismo gobierno que la realiza, como lo está probando la protesta, levantada en los Estados Unidos contra el gobierno que puso su "visto bueno"—"O. K.", dirán

en Nueva York—a empréstitos cuyas amortizaciones ahora no son abonadas. ¿En qué consiste esa presunta garantía moral que se ha querido ver tras de la "conformidad política" de la Casa Blanca? ¿Habrá alguien que crea que todavía pueden repetirse los tiempos, ya definitivamente lejanos, de que los gobiernos iban hasta más allá de sus fronteras, para defender sus capitales, prestamistas o acreedores?

La investigación está, pues, demostrando que existe excesiva vinculación entre el gobierno de Washington y los empréstitos a países extranjeros. Eso es lo más grave y lo que más debe preocupar al Senado investigador, el presidente de cuya comisión de hacienda sabemos que tiene en su poder la denuncia de que las principales comunicaciones relativas al empréstito que cierta firma de Nueva York contrató con un país sudamericano, fueron trasmitidas por telégramas que recibía la embajada de Estados Unidos acreditada en la capital del país deudor. Tampoco desconoce el Senado de Washington que varios plenipotenciarios estadounidenses acreditados en naciones de Sud América abandonaron sus cargos para convertirse inmediatamente en representantes de firmas negociadoras de empréstitos ante gobiernos de este continente. El hecho es tan notorio que varios de los ex-diplomáticos y actuales tramitadores han declarado en la comentada investigación como agentes de firmas bancarias.

En la defensa del pequeño ahorro, en la persecución del engaño al público y en la prescindencia absoluta de los funcionarios del gobierno y de las reparticiones del Estado, en asuntos relacionados con los empréstitos a los gobiernos extranjeros, tiene el Senado de Washington los rumbos que debe seguir para que su investigación ofrezca resultados benéficos a su pueblo y favorables a la mejor armonía continental.

El chucho con rabia

= Envío del autor =

A una condenada vieja, vendedora de fritada, se le ocurrió gritar:

—El chucho con rabia!

El pobre chucho se había aproximado al canasto, olisqueando las hojas de plátano que lo cubrían. Al rededor del canasto, por sobre la cabeza murucha de la vieja, zumbaba el enjambre tupido de moscas. El pobre chucho tenía los ojos hundidos, rojos y vidriosos, y llevaba, de fuera, la lengua. La maldita vieja le vió, y antojándosele que tenía rabia, se levantó espantada de su taburete de cuero, y principió a gritar, desaforada:

—El chucho con rabia! El chucho con rabia!

La vieja de al lado, vendedora de queso, y como ella, con trazas de bruja, se levantó también, espantada, y principió a gritar desaforada:

—El chucho con rabia! El chucho con rabia!

El pobre chucho no se había dado cuenta de nada. No sospechaba, siquiera, el peligro que para su vida entrañaba el grito aspaventero de aquel par de viejas sin entrañas. Se estaba quieto, al lado del canasto mantecoso, olfateando, al través de las hojas de plátano, las morongas, el cachete, los bofes, los tostados chicharrones, a cuyo olor apetitoso se unía el de las yucas sancochadas y de los tamales de elote. El pobre chucho se sentía fatigado; e ingenuo, con ingenuidad de chucho, creyó que esa gente le dejaría, tranquilo, reposar un rato. Las orejas gachas. El rabo, pelado por el jiote, metido entre las patas. Los ijares hundidos. El espinazo, curvo, como una caramba, de puro pecho. Las costillas, todas de fuera, como la reja de una parrilla. Su traza era de lo más miserable. Y luego, aquellos ojos sumidos, rojos y vidriosos. Aquella lengua de fuera. Todo daba lugar a la sospecha. Asediado por los rigores del sol, jadeaba. De cuando en vez tosiqueaba. Tenía zoco, indudablemente. Pero al par de viejas malvadas, se les había plantado entre ceja y ceja que el pobre chucho estaba rabioso, y formaban la grandísima escandalera.

Una tercera vieja, que no vendía nada; pero que se pasaba toda el santo día aplastada al lado de cualquiera que vendiera algo, y que, sobre todo, en nada se diferenciaba de las otras dos viejas, gritó, desaforada a su vez:

—El chucho con rabia! El chucho con rabia!

Y poniéndose de pie, unió la palabra al hecho. Agarró de por ahí cerca una raja de leña, y con todas sus fuerzas descargó un tremendo golpe sobre el pobre chucho. El chucho aulló de dolor. El leñazo parecía haberle roto el espinazo. Rodó casi por el suelo. Atarantado aún, escapó con toda la velocidad que pudieron prestarle sus piernas vacilantes. Pero la vieja del leñazo no paró ahí. Arrojó furiosa, la raja al chucho; pero lo hizo con tan mala suerte que aquella, rebotando, fué a darle en la espinilla a una mujer que en ese momento pasaba con una canasta de naranjas en la cabeza. La mujer, al recibir el golpe, estuvo a punto de botar la canasta. Hecha una furia, se desató en improperios. Dios santo... Qué boca! Aquello no se podía llamar boca. Aquello era un albañal inmundo. Un policía municipal se rió. Esa risa la puso en peor estado. Pero como quien se reía, ofendiéndola (según ella) era autoridad, y podía llevársela presa por el menor desmán, se conformó con fulminarle con una de esas miradas que, si fuesen Colts, dejarían seco al más pintado.

Mientras tanto, el pobre chucho corría. Corría desalado. Tras él iban: las tres viejas, ocho zipotes, cinco vagos empedernidos y tres chichipates que andaban por el mercado de cocinas tratando de cachar alguna cosa para matar el hambre. El pobre chucho, comprendiendo el peligro, trataba de escurrir el bulto. Todo el mundo le mostraba hostilidad. Iba sorteando estorbos. Escapando riesgos. Al fin logró ganar la calle. El sol de la una de la tarde se derretía como un plomo sobre la superficie blanda del asfalto. El reflejo cegaba. Al saltar del portón, el pobre chucho recibió, de costado, una tremenda patada de uno de los chabacanes basureros del Tren de Aseo que, parado sin hacer nada, veía como los otros alzaban y echaban un barril de desperdicios en un carretón desvencijado. Chilló. Y con la pata encogida, evitó un camión que se le venía encima. Luego de un taxi que pasaba, veloz, gangueando su claxon. Las tres viejas, los ocho zipotes, los cinco vagos empedernidos y los tres chichipates, le perseguían siempre, gritando, desaforados:

—El chucho con rabia! El chucho con rabia!

La calle se alborotó. La gente se apartaba, temerosa de que les mordiese. Los viandantes más cautos se refugiaban en los quicios de las puertas. De una ventana le arrojaron un guacal de agua. Los perseguidores habían ido aumentando. De pronto, al volver de una esquina, el pobre chucho, ya exánime, trató de ganar la acera de enfrente y meterse en un zaguán que estaba abierto. Perdió pie, el lastimado por la patada del basurero chabacán, y rodó al suelo. En ese preciso instante desembocaba una camioneta amarilla, repleta de pasajeros. Una de las ruedas alcanzó al pobre chucho, y lo arrolló. No se percibió, entre el estridente resoplar del motor, más que un aullido lastimero. El motorista, sin detener la camioneta, sacó la cabeza por la portezuela, y al contemplar al pobre chucho aplastado, soltó una de esas risotadas de beodo. Las tres viejas, los ocho zipotes, los cinco vagos empedernidos, y los tres chichipates, además de sus agregados, se detuvieron y se quedaron todos quietos como petrificados, fijos los ojos en lo que de su víctima infeliz restaba, adherido al asfalto achicharrado. Un charco de sangre mezclada de pelos, unos cuantos huesos triturados, las tripas viscosas de fuera, el cuero desgarrado. La cabeza del pobre chucho, sacrificado por la ferocidad humana, no había caído bajo la rueda de la camioneta. Estaba intacta. Con las dos filas de dientes pelados, la geta caída de lado y las grandes pupilas abiertas, vidriosas de la humedad de las lágrimas, parecía el desgraciado implorar misericordia a sus desalmados victimarios.

Arturo Ambrogi.

San Salvador, El Salvador, Febrero, 1932.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: El semestre, $ 3.00 / El año, $5.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Hay que leer esos libros

Tiempo de lectura: 7 minutos

= Envío de la autora =

Una labor de años y a veces de siglos, es necesaria para destruir un prejuicio. Y es que significa un verdadero heroísmo, eso de abandonar ideas creadas y mantenidas por la tendencia del espíritu a santificar todo lo tradicional. Aceptamos las ideas sin titubear porque no podemos vivir sin ellas, pero esa pereza mental de que padecemos, es la que nos veda someterlas a la experimentación o a la luz de la razón.

Los prejuicios forman una costra impermeable que produce una especie de fobia por todo lo nuevo, por todo aquello que tienda a cambiar el estado de las cosas, y, al fin de cuentas, lo que impide la penetración de la realidad en nuestro espíritu. Dichosamente siempre hay personas valientes que se atreven a romper los viejos moldes, que lanzan sus ideas sin acordarse del riesgo que corren de ser calificadas como "inmorales" o algo semejante. Poco a poco esas ideas nuevas se abren campo, y llegan a parecernos la cosa más natural del mundo. Si esto no sucediera, estaríamos en el más lamentable de los atrasos.

Quiero referirme a uno de los temas más "escabrosos" de nuestros días, y acerca del que existen los más absurdos prejuicios: la cuestión sexual.

Para muchos, es éste un asunto tan corriente de conversación y de estudio, como puede serlo uno de dietética. Sé también que para otros, el solo adjetivo **sexual** es motivo de sonrojo, si no de alarma; pero estoy segura que dentro de poco tiempo, las cosas ocurrirán de muy distinta manera. Y es al maestro a quien corresponde realizar la ardua tarea de conocer y dar a conocer todo cuanto se refiere a este problema vital. Al decir maestro, no me refiero a aquellos individuos que con título o sin él forman parte del Magisterio. ¿No deben ser también maestros los padres de familia? ¿Y los sacerdotes? ¿Y todos aquellos que en una forma u otra tienen que educar?

No voy a tratar aquí de hablar de materia tan difícil como es el problema sexual; ni siquiera escribiré acerca de la importancia de estudiarlo. Me limitaré a indicar una serie de obras que mi condición de maestra me ha obligado a leer con atención. Son todos libros que dejan hondas inquietudes, que humanizan y que proporcionan un excelente material para nuestra labor educativa.

Como apunta Pérez de Ayala, refiriéndose a Marañón, "Sus obras de carácter científico están reputadas fuera de España (?) como "standard books", obras fundamentales en el asunto de que tratan". Recomiendo especialmente "Tres Ensayos sobre la vida sexual" y "La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales".

El Dr. Forel (catedrático de la Universidad de Zurich) ha escrito un tratado voluminoso: "La cuestión sexual expuesta a los adultos ilustrados". Explica con toda claridad un gran número de

. . . «Y la moral?, se nos dirá. Por la moral, contestamos, no hay que preocuparse. La moral—la eterna y divina moral, no la que han inventado los fariseos—está siempre del lado de la luz.»—*Marañón.*



Lavandera de arrabal
Madera de *Amighetti*

asuntos (el apetito sexual, etnología e historia de la vida sexual del hombre y del matrimonio, patología sexual, papel que desempeña la sugestión y el psicoanálisis en la vida sexual, etc.)

El conocido juez del Tribunal de menores en Denver (Colorado, EE. UU.) Ben B. Lindsey, ha publicado varias obras muy interesantes. Una de ellas es "La rebelión de la moderna juventud", llena de vida; contiene relatos realmente conmovedores, sin sentimentalismo enfermizo, observaciones muy atinadas, sugestiones admirables. A todo damos entero crédito porque sabemos que viene de un hombre honrado que nos habla con hechos.

"Vieja y nueva moral sexual" es una obra maravillosa de Bertrand Russell, el eminente polígrafo inglés. La fama del autor y el nombre del libro, son incentivos poderosos para el lector.

No puede faltar en esta bibliografía la obra del psicólogo vienés Sigmund Freud. Aquí cabe una digresión, pues las teorías de este sabio son muy discutidas.

Abundan tanto los apologistas como los detractores del ilustre fundador del psico-análisis. Curioso es observar que algunos atacan las teorías freudianas porque su autor tuvo un gran talento de literato (hasta ganó el premio Goethe). ¿Es que la ciencia y la literatura están profundamente reñidas? El mismo doctor Marañón que no cree mucho en la ciencia de Freud, ¿no es un ameno literato? Ramón y Cajal es un gran científico, nadie lo duda. Y, ¿no se afirma que su literatura puede figurar dentro de un género humanista? Henry Fabre, el célebre entomólogo francés, dejó una obra científica que es a la vez una obra literaria. En el libro "Pasteur y Metchnikoff", su autor, don Clodomiro Picado, nos hace ameno el conocimiento de sales, de bacilos, de la fagocitosis, de la ortobiosis y de otras cuestiones, sin que en nada se falsee la verdad científica. Me parece que el Goethe literato no perjudicó en nada al Goethe científico.

Pero, no soy yo quien venga a hacer una defensa formal de las teorías freudianas. Sólo deseo despertar interés por la lectura de los libros del doctor Freud; hay en ellos muchas, muchas intuiciones. Dentro de medio siglo, quizás menos, se reconocerá al psico-análisis todo el valor científico que posee. Se rectificarán muchos conceptos, claro está. Se ha dicho ya, en diversas ocasiones, que el error de Freud consiste en que abarca un campo vastísimo.

El doctor Marañón declara que no es un incondicional de la doctrina freudiana, pero agrega: "Hay que reconocerle una cantidad de aportaciones indiscutibles al conocimiento del alma humana, y una de ellas es esta de haber señalado la ambigüedad sexual, la tendencia a la sexualidad pasiva y polimorfa del espíritu del niño. Mejor que hacer aspavientos, es reconocerlo y aceptarlo, porque es verdad, y aplicarse a sus consecuencias pedagógicas que son trascendentales".

El doctor Forel no está de acuerdo con todas las teorías freudianas, pero reconoce la honda importancia de ellas y el valor que como método curativo tiene el psicoanálisis. Y para terminar con el doctor Freud, agregaré unas líneas que tal vez tengan importancia. Cansinos-Assens, en su libro "Evolución de la novela", dice: "Fácil es comprender que la flamante escuela (la del superrealismo) es una adaptación a la literatura del psico-análisis de Freud que, buceando en lo inconsciente y caminando en esos dédalos sin más guía que la palabra obsedente y reiterada, y las asociaciones verbales e ideológicas que suscita, reconstruye la dislocada psiquis de sus enfermos, y logra encontrar la clave de su mental anomalía".

Lista de algunas obras de Freud:

«Una teoría sexual y otros ensayos», «El chiste y su relación con lo inconsciente», «Introducción al psico-análisis» y «Psicología de la vida erótica». He de citar también dos obras de una mujer valiente que ha escrito sobre la cuestión sexual: Ellen Key. En sus libros «El siglo de los niños» y «El amor y el matrimonio» expone francamente sus ideas desde el punto de vista de los sentimientos femeninos.

El libro del doctor Voivenel, «Castidad perversa» tiene capítulos interesantísimos. En uno de ellos se encuentra la sesuda opinión que acerca de la «falta de amor» da la doctora Pelletier.

Repertorio Americano publicará en esta misma sección, algunas páginas del Juez Lindsey, del doctor Freud, la carta que el doctor Forel recibió de una joven de veintiún años, **bien educada**, y de otros escritores.

Estas publicaciones, sin duda, avivarán en los lectores el deseo de conocer las obras citadas.

Lilia Ramos.

San José, C. R., febrero 1932.

Imprenta LA TRIBUNA